

COLISEUM

de Barcelona

exhibe el espectáculo
más formidable que
ha visto la humanidad

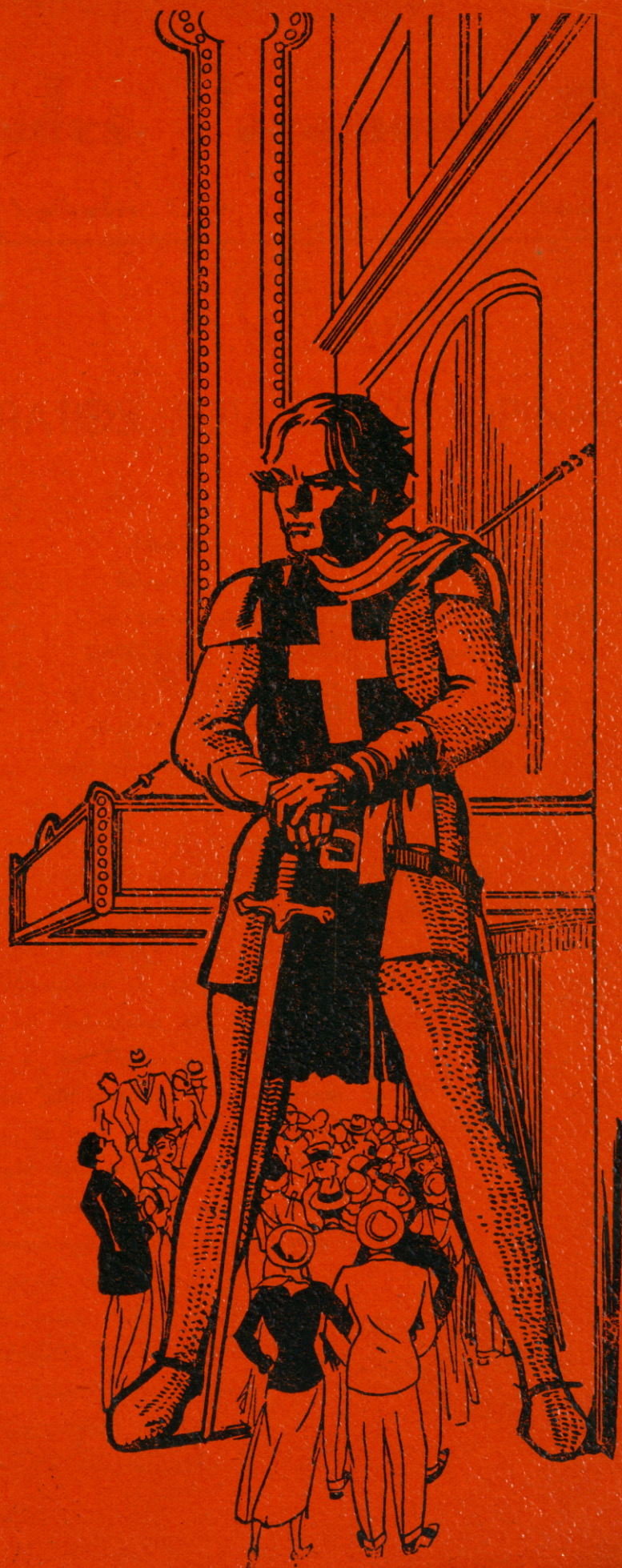
LAS CRUZADAS

21.000 personas
han visto y aplaudido
este film incomparable
en los primeros días
de proyección

El máximo record de

COLISEUM

que se repetirá en
todos los cines de España





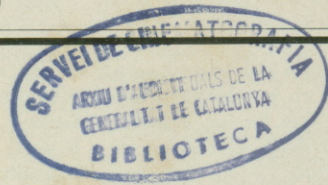
Actualidades Paramount



Año II

Septiembre 1935

Núm. 5



DIEZ Y SEIS LITERATOS ESPAÑOLES OPINAN SOBRE "TRES LANCEROS BENGALIES"

Nunca ha existido un film que provoque tan fervorosos e inteligentes comentarios literarios como la extraordinaria producción Paramount "TRES LANCEROS BENGALIES" cuyo paso por las pantallas de todos los cines se eterniza semanas y semanas. Nunca se ha visto un éxito tan clamoroso y unánime como el de este film donde se exaltan las más bellas cualidades que pueden adornar al hombre: la amistad, el culto del honor, el patriotismo, la fidelidad al cumplimiento del deber, todo ello expresado en cine puro y auténtico de la más elevada calidad.

La Paramount se considera muy honrada al recoger los comentarios de plumas eminentes y ofrecerlos a los empresarios en este opúsculo modesto por sus pretensiones pero grande por su contenido, ya que compendia opiniones objetivas de plumas ilustres que tanto suponen en los ámbitos de la cinematografía española, y de la literatura cinematográfica de nuestro país.

Tiene a gran honor el recoger estos comentarios que agradece en cuanto valen y significan.

Y para ACTUALIDADES PARAMOUNT, es motivo de satisfacción intensa verse favorecida por la inteligentísima y desinteresada colaboración de plumas tan ilustres. — *La Redacción.*



De "Beau Geste" a "TRES LANCEROS BENGALIES"

por Rosa Arciniega

Hay, en la historia del cinema — o, más exactamente, en esa historia brillante del cinema que ha ido señalando con hilos de triunfo el camino de su actual perfección, — un film inicial que puede hacer las veces de difícil falsilla para seguir la pauta de TRES LANCEROS BENGALIES. Ese film es — fué — "Beau Geste", aquel "Beau Geste" inolvidable que, durante los años 1927-1928 — tiempos lejanos del cinema mudo — rodó, cada día con más éxito, por las pantallas de todo el mundo, haciendo estremecer a los públicos con una emoción inédita, suscitada por un tema inédito también en el cinema: el tema del compañerismo, elevado hasta categorías de épico — y sencillo — sacrificio; el tema del puro — del más puro — amor entre hombres, aunados en el peligro de los combates y en la vecindad terrible de la muerte; el tema, en fin, de los heroísmos silenciosos y desconocidos, de esos heroísmos sin líricas exaltaciones retóricas, que a diario se rubrican — con rúbricas de sangre — sobre los reseos arenales marroquíes por esos enigmáticos hijos de la Aventura que se llaman "los soldados de la Legión".

Pero, en "Beau Geste", por un designio muy respetable de su realizador, este tema quedaba circunscrito al campo de lo puramente individualista, de lo esencialmente particular. Los tres héroes — hermanos al fin — se movían por algo que estaba al margen de un puro y exacto deber militar. Iban, sí, voluntariamente al sacrificio de su propia vida; pero, no por una causa ideal, abstracta — en relación con los conceptos "Patria", "Nacionalismo", "Deber" —, sino por una causa concreta, personal, digámoslo más exactamente: familiar. En casa de aquellos tres héroes de "Beau Geste", se había cometido el robo de una alhaja, en circunstancias tan extrañas que, frente a la más pura lógica, uno de ellos resultaba el culpable. Y — primer escalón del sacrificio personal — por salvarse los unos a los otros, cargando cada uno sobre sí la culpa, todos los tres venían a caer en la Legión Extranjera, cárcel dramática donde habían de purgar con la vida un pecado del que los tres, no obstante, estaban limpios.

Esa era en definitiva la tesis, magistralmente desarrollada, en "Beau Geste" por aquel trío inolvidable de Ronald Colman, Ralph Forbes y Neil Hamilton.

En TRES LANCEROS BENGALIES — no en balde estamos en 1935 y en trance de periclitarse todos los conceptos puramente individualistas — este tema del compañerismo, del puro amor entre hombres y de las heroicidades silenciosas, rompe, de pronto la órbita de lo particular, de lo estrictamente familiar y, por un acertado enfoque del efecto a conseguir, se eleva hasta esferas donde lo colectivo



ROSA ARCINIEGA
colaboradora de "Cinegramas"

adquiere su máxima pureza y, también, su máxima objetividad. Contrariamente a los de "Beau Geste", estos tres héroes bengalies — bravos oficiales de un Regimiento inglés, destacado al noroeste de la India — no se mueven empujados por una causa concretamente particular e íntima, sino — y aquí radica el importante avance de uno sobre otro film — por una causa ideal, abstracta; por ese algo, en cierto modo, metafísico que emana de los conceptos "Patria", "Nacionalismo", y, sobre todo, del concepto "Deber". "Deber", en el sentido más áspero y más sublime,

más rectilíneo y más en contraposición, por tanto, con los íntimos afectos individualistas. (Tanta es la exaltación de estos rígidos conceptos militares que, a nuestro juicio, en TRES LANCEROS BENGALIES tal vez pudiera señalarse, como único defecto de objetividad estética, un ligero afán proselitista, un a modo de vago reclamo para atraer juveniles voluntades hacia la épica — pero también, cruelmente dolorosa y triste — escuela de las armas).

Pero si solamente el empeño de profundizar en esta tesis de la idealidad abstracta supone ya de por sí una superación *a priori*, de la otra tesis, más individualista e íntima, de "Beau Geste", las dificultades con que había de tropezar el realizador, se acusaban también en lejanía aquí de un modo más palmario y manifiesto. Y de estas dificultades — hay que confesarlo en esta ocasión sin subterfugios de ninguna especie — ha triunfado plena, rotundamente y de una manera, a primera vista, sencillísima Henry Hathaway, el director a quien este espléndido film sitúa entre las primeras filas de los mejores.

En TRES LANCEROS BENGALIES — único medio de operar plásticamente con temas abstractos — cada personaje encarna, en realidad, dos papeles dificultosos: uno, el que le corresponde como tal personaje humano, de carne y hueso; otro, el que interpreta, por encima del primero, como personaje simbólico de la acción total.

Así, por ejemplo, Sir Guy Standing, el coronel del 41 Regimiento de Lanceros de Bengala, es en, primer lugar, simplemente eso: el coronel, un coronel bajo cuyo mando se mueven con absoluta precisión mil hombres, destinados a mantener la autoridad de Inglaterra en la India. Pero, en el sentido simbólico, Sir Guy Standing representa — es — el "Deber", la encarnación del "Deber Militar", inflexible, rectilíneo, ciego, sordo y mudo a toda sollicitación sentimental, aunque esta sollicitación sentimental provenga de los más finos estratos de su espíritu, de su propia mujer, de su mismo hijo.

Gary Cooper, en su maravilloso MacGregor, es, personalmente, nada

más que un veterano teniente a cuyo cargo quedan encomendados dos jóvenes oficiales recién venidos al Regimiento desde el clima plácido de la metrópoli; pero, dentro de la escala gradual de los simbolismos expresados en el film, representa el eterno disconformismo, la eterna murmuración, defectos detrás de los que—es lógico—se encuentra siempre un corazón impulsivo, romántico y sentimental.

La ideal pareja de Franchot Tone y Richard Cromwell son, particularmente, dos jóvenes oficiales recién salidos de la Academia militar con ansias de emular las hazañas de sus veteranos superiores; pero, en la valoración del complejo ideal que se persigue en el film, plasman la figura de la juventud como tal juventud, esto es: el espíritu impulsivo, irreflexivo, temerario, indómito, sin concepto todavía exacto de los problemas que pesan sobre la senectud y, de un modo especial, sin un claro concepto de la rígida horma donde se aceran los verdaderos caracteres militares.

Desde el primer momento, pues, aparecen ante el espectador de TRES LANCEROS BENGALIES, perfectamente acusadas y diferenciadas, estas tres diversas personificaciones que, puede decirse, constituyen el símbolo exacto—y colectivo, por tanto—de la vida militar. Pero ¿cómo maneja después Henry Hathaway estos mixtos personajes complejísticos para que el equilibrio entre lo humano y lo ideal—y, con ello, el éxito del film—resulte perfecto?

De una manera completamente natural y difícilmente sencilla (este raro don de lo sencillo dentro de lo difícil informa toda la proyección de TRES LANCEROS BENGALIES). Del Regimiento de Lanceros de Bengala, destacado en la India es—según se ha dicho—comandante supremo el coronel Stone (Sir Guy Standing), hombre, como la imagen del mismo Deber que simboliza, inflexible, riguroso, ordenancista, insensible en apariencia—sólo en apariencia—a toda pulsación sentimental. Por mantenerse fiel a este Deber, el coronel Stone ha desoído, en otro tiempo, los ruegos de su mujer, ha escapado de sus brazos tentadores, ha puesto un freno a todas las externas sollicitaciones de los placeres, del lujo, del bienestar, allá, en su patria lejana. Pero ¿sabría eludir también este hombre—casi extrahumano en fuerza de ahogar dentro de sí todos los humanos impulsos afectivos en aras del Deber—sus naturales, más aún: sus biológicos sentimientos paternos, ahora cuando, ya cerca de la senec-

tud, llega, destinado a su regimiento, su propio hijo, el joven teniente Stone (Richard Cromwell) en compañía de otro oficial, Forsythe (Franchot Tone) para luchar bajo sus órdenes contra las tribus bengalíes?

He aquí el dramático eje del film, desarrollado certeramente, sin un solo titubeo, a todo lo largo de la acción. El coronel Stone, en efecto, libra una terrible lucha interior—¿y qué magníficamente interpretada esta psíquica lucha por Sir Guy Standing!—entre sus biológicos impulsos paternos y su austero concepto del Deber Militar. Y, en algunos momentos, efectivamente, el padre prevalece sobre el hombre de armas. (Tal por ejemplo, cuando, para realizar una misión de cierto peligro, escoge al teniente Forsythe en lugar de a su hijo. Tal también—escena admirable y profundamente emotiva—cuando, en la cacería de jabalíes, él mismo, por salvar al irreflexivo teniente Stone, falta a su propia orden rigurosa de no desmontar por ningún concepto del caballo).

Pero he aquí que un día llega la prueba decisiva, el instante terrible en que, en esta lucha entre el Deber y el amor paterno, se juegan inexorablemente una de estas dos cosas: o la vida de su hijo o la pérdida de un importantísimo cargamento de municiones y, con él, la seguridad de las tropas a su mando. ¿Qué hará el inflexible, el ordenancista, el riguroso coronel Stone? ¿Dar una vez más la razón al eterno murmurador y sentimental MacGregor (Gary Cooper), probando que carece de sentimientos o, por el contrario; rectificando toda su vida, demostrarle — y demostrar también al teniente Forsythe — que sabe ser padre ante todo cuando llega la ocasión?

De ningún modo; su hijo ha cometido una falta contra el Deber y, entre la vida de aquella carne de su carne y la vida de todo su Regimiento, el coronel Stone no duda un solo minuto en escoger la segunda. MacGregor y Forsythe ruegan, interceden, suplican al coronel Stone una rápida acción bélica para salvar a su hijo secuestrado por el enemigo. Inútilmente; él sufre, pero desautoriza esta petición, MacGregor y Forsythe, compañeros hasta la sublimación de su gran compañero, desertan del Regimiento para intentar una liberación del cautivo por su propia cuenta. No importa; él, el padre atribulado, permanece impassible, firme en su puesto.

¿Es que acaso no tiene corazón este hombre? Sí; lo tiene; ama a su hijo mil veces más que a su propia vida;

pero, en su larga carrera militar, quizá en los impulsivos días de su juventud, el coronel Stone acaso tuvo ocasión de palpar personalmente lo que significa un pecado contra el Deber; lo que, ahora, solamente ahora, van a aprender sobre su propia carne estos tres jóvenes lanceros bengalíes, MacGregor, Stone y Forsythe, víctimas heroicas de su impetuosa irreflexión.

Ya el burlón MacGregor está fuera de las inflexibilidades del “antihumano” coronel Stone. Ya puede hacer lo que le parezca y lo que le dicte su sentimentalismo irrespetuoso. Pero el Deber—MacGregor lo comprende precisamente ahora, en su primer contacto con la responsabilidad—es algo más que un simple concepto metafísico. Es un ideal superior que mueve e impulsa a los hombres a acciones increíblemente heroicas, a la resistencia ante el tormento, a la lucha épica, a la muerte voluntaria entre el horrible incendio de una explosión de municiones, como le sucede al propio MacGregor. Y el joven teniente Stone, cobarde ante las torturas que han soportado estoicamente sus dos compañeros y aterrado ante la tragedia provocada por su confesión del secreto militar, también lo comprende ahora en toda su altura y profundidad.

¿Qué inflexible, qué riguroso, qué ordenancista coronel Stone no será mañana este jovenzuelo teniente Stone de hoy que llevará para siempre, fija en sus ojos, esta terrible escena de la que él solo es el culpable por su pecado contra la ordenanza militar? ¿Qué sentimiento particularista podrá torcer la línea recta de su carácter cuando, mañana, recuerde aquel temblor de la mano de su padre al prender una cruz en la gualdrapa del caballo de su fiel compañero MacGregor que por él dió la vida heroicamente?

Desde un punto de vista de realización, estas últimas escenas de TRES LANCEROS BENGALIES son de un tal hiperrealismo, de una tal alucinación, de un tal patética—por sencilla—factura, que conmueven al espíritu del espectador de una manera quizás excesivamente violenta. En cuanto a los personajes..., el trío Gary Cooper, Franchot Tone y Richard Cromwell—con el magistral Sir Guy Standing—no sería aventurado afirmar que serán, para los públicos, algo así como los Forbes, Colman y Neil Hamilton de aquel maravilloso “Beau Geste”, ya superado en TRES LANCEROS BENGALIES.

"TRES LANCEROS BENGALIES"

LO QUE YO VI EN LA CINTA ⁽¹⁾

por *Maria Luz Morales*

Alrededor del fuego, cien libros se abren, perezosamente, entre doscientas manos. Hay quien contempla, sin entusiasmo, las obras de arte que penden de los muros. Grupos de gentes charlan, de cosas que han leído, o han oído contar... Y he aquí, que, de repente, alguien, uno entre todos, comienza un relato con esta exacta frase: "A mí me sucedió...". Veréis, cómo, instantáneamente, los libros caen de las manos, se vuelven las espaldas a los cuadros, cesan las charlas, y se hace el silencio y se concentra la atención en torno a la voz única del narrador. Es, simplemente, que se ha logrado el contacto *directo* entre el espíritu del que habla y el de los que escuchan; que esas cosas que *sucedieron* a uno a quien estamos viendo con nuestros ojos, escuchando con nuestros oídos, podrían también habernos sucedido a nosotros, y, en efecto, dijérase que nos están sucediendo, a través de la mayor o menor habilidad del narrador.

Con su enorme, casi brutal, poder de sugestión, es el cine el arte narrativo que más se aleja y más se acerca a este logro. Que más se aleja, en las películas malas, donde lo que está pasando en la pantalla nos queda tan ajeno que podemos mientras lo contemplamos, bostezando, sentir en nuestra espalda el roce de los bien ocultos clavos que rematan la tapicería del sillón en que nos sentamos, y en nuestra mente resolver todos los mil pequeños problemas caseros que durante la semana nos quedaron sin solucionar. Que más se acerca, en las buenas películas, capaces — cuanto mejores más — de arrancarnos a la realidad hasta tal punto, que es la pantalla una ventana abierta sobre la vida de aquel momento nuestro; los ojos de la cámara son nuestros ojos; los personajes nuestro espejo; y cuando creemos estarles mirando objetivamente, reímos con nuestro propio gozo, y lloramos nuestro propio pesar.

Charlot, Eisenstein, conocen el secreto. Externamente tan distinta — y aún opuesta — a una "Quimera del Oro" o a un "Acorazado Potemkin" es este, sin embargo, el mismo secreto que nos atrapa y sugestiona en el relato filmado de la historia de los TRES LANCEROS BENGALIES.

Historia sencilla, de líneas claras, netamente recortadas, precisas hasta

la sequedad. Caracteres primarios, rectilíneos, cual los exigen la Escuela Militar y el campo de batalla. Pero humanos; que una cosa no quita a la otra. Es la educación y el medio lo que resta complejidad a las figuras, que así vienen a hacerse más accesibles al análisis. No hay nada turbio, incierto, nebuloso, vago, indeciso, en los mil metros de esta cinta. Todo es limpio, genuino, de la mejor ley. La lucha entre el paternal amor y el deber militar (tema patético que es la entraña del film) por presentarse los dos factores tan estrictos, se nos hace más ádua y dolorosa. La psicología del hombre de campamento, y la del hombre de Universidad (Gary Cooper, Franchot Tone) nos ofrecen enseguida la riqueza de sus mil y un contrastes, en choques de rudeza y humorismo, de refinamiento y abnegación heroica. Las de ambos, hombres



MARIA LUZ MORALES (de "La Vanguardia")
conferenciante y escritora de prestigio

hechos, — curtido el uno al sol, y al aire, y la rudeza de la existencia del soldado; el otro en el conocimiento y la ironía — con la del adolescente, ingenuo, confiado, débil aún, de cuerpo y de espíritu, dan a la cinta su matiz de ternura. La figura severa del coronel, toda amasada de emoción contenida, de sentimiento trasfundido en convicción, tiene misión de trascendencia máxima en este juego de claroscuros: la de imponer al film el más exquisito de todos sus valores: una perfecta, exquisita, definida, y nunca traicionada "sobriedad".

Caballos y jinetes cuyas siluetas se recortan, claras y finas, sobre la nítida luz de Oriente; lanzas que chocan, juegan, hieren, matan... Un hombre; su amigo y su enemigo... Un ejército; y el enemigo al abrigo de una loma, o detrás de una nube de polvo... Más hombres y más lanzas... Pasa — rápida, rápida — una vam-

piresa... (Anzuelo de la traición para la inexperiencia). Danzas orientales, *narghilés* y galope de caballos... El desfiladero; una nube muy tenue hacia Occidente... Bromas y veras. Burlas que no dañan a una amistad sincera. Camaradería. Camaradería. Aún y siempre, camaradería. Por fin, la gran lucha, acaso un poco infantil, por excesiva, pero convincente. Más camaradería y mayor heroísmo. Juego limpio. Tiros, explosiones, derrumbamientos. Tensión de los nervios en la espera y el riesgo. Versos de Rudyard Kipling. Victoria de los nuestros (¿qué espectador habrá dejado de tomar partido, *precisamente* por el bando en que forman los tres lanceros?). Luego, — tan metidos estamos en el mundo del celuloide — victoria nuestra.

Gallardetes que ondean en lo alto de las lanzas. Serenidad. Llegó la hora de las recompensas. De tres caballos, uno se quedó sin jinete. El austero coronel, pone la cruz en el pecho de su hijo, con un levísimo temblor de la mano derecha. ¡Sobriedad, sobriedad!... Bien presente, a todo lo largo del metraje, en toda esa barahunda de elementos, la sobriedad exquisita que informa y valoriza esta película, queda sintetizada en esas dos imágenes que encierran lo que hubiera podido ser un mundo — ¡oh, tan peligroso! — de lágrimas, lamentos y otras diversas formas de sentimentalismo: el temblor — levísimo — de una mano, el caballo sin jinete...

¿Es un gesto imperialista el de este film? ¿Encierra, realmente, ésta o aquella tesis? Yo no sé, yo no sé... Yo veo, sobre todo, y casi exclusivamente en él — a pesar de los versos de Kipling — lo que, para mí, vale más que todo: un cuento, una historia, incomparablemente bien narrada. Un ritmo que envuelve y que levanta. E informándolo todo — ¿podía, acaso, ser de otra manera? — la loanza de esos valores humanos inmarcesibles, únicos que la multitud reconoce y acata, vengan del lado que vengan: la fe en el ideal, la conciencia del deber, el "fair play", el arrojo individual, la lealtad de compañero a compañero, y de hombre a hombre. El uniforme que visten los lanceros y la tierra en que evolucionan sus corceles, es lo de menos. Lo de más es la palpación de carne y el aliento de espíritu que el narrador ha sabido infundir al sencillo relato de un cuento sencillo.

(1) Fuera de concurso.

EL FILM DE LA DISCIPLINA Y DE LA AMISTAD

por *Andrés A. Artís*

Al margen de las pistas inmensas en las cuales hacen instrucción los lanceros, se celebra un juicio. El coronel y la oficialidad del regimiento componen el tribunal. Ante ellos, comparece un afridi, acusado de intento de asesinato en la persona de un capitán inglés, mientras éste dormía en su tienda.

El coronel interroga al indígena con respecto a los móviles del hecho. El afridi responde:

—El capitán dormía con los pies en dirección a la Meca...

El coronel amenaza colgar al acusado en el caso de reincidencia. Luego, manda libertarlo, y después, simplemente, se dirige al capitán, preguntándole:

—¿Tiene usted brújula?

—Sí, señor.

—Entonces sírvase rectificar la posición de su lecho.

A nosotros nos gusta este juicio. Es toda una lección de política colonizadora. En los inicios de *TRES LANCEROS BENGALIES* es un augurio de que nos hallamos ante un film de calidad.

Este anhelo de ejemplaridad anima a toda la obra. Si *TRES LANCEROS BENGALIES* nos llegara de Inglaterra, a través de la historia que nos cuenta, veríamos en el film quién sabe qué intenciones, imaginaríamos que lo ha inspirado una ardiente voluntad de propaganda imperial.

Ahora, "made in U. S. A." *TRES LANCEROS BENGALIES* es una magnífica y desinteresada película, glosa de sentimientos nobles, como son la abnegación, la disciplina, la amistad, sentimientos que no estamos muy acostumbrados a ver exaltados por el cine.

En este sentido, quizá el personaje más impresionante del film sea el viejo coronel, que ahoga sus más ínti-

mas vibraciones dentro de la férrea armadura del deber.

Para los contempladores distraídos e irreflexivos, el coronel es una especie de monstruo. Su concepto de la disciplina militar adquiere apariencias inhumanas a los ojos de este Mac Gregor, por ejemplo, que intenta repetidas veces asaltar la fortaleza inexpugnable que es la moral del coronel.

Pero, ¿qué importancia tiene el sacrificio de la misma afección pater-

mido sus vidas, ilusión tras ilusión, pasión tras pasión, en el fuego lento del ignorado sacrificio.

Esta es la moral de *TRES LANCEROS BENGALIES*. La moral y la emoción que animan todas las peripecias del film.

Vemos en él, también, el tema de la amistad. El afecto fraternal que une a los tres lanceros. El tema de la amistad, cuyo acento más alto se canta en las relaciones entre Mac Gregor y Forsythe. Figura atractiva la de este último, joven aristócrata escocés, que se gana a pulso la consideración de los "viejos coloniales", que de buenas a primeras lo habían recibido con una sonrisa escéptica.

Los temas y el escenario de *TRES LANCEROS BENGALIES* hacen inevitable el recuerdo, y la mención de Rudyard Kipling, el gran escritor que ha dibujado de una manera magistral la India, la vida de los soldados ingleses y las aventuras medio dramáticas, medio cómicas de las expediciones de frontera.

El film de Henry Hathaway está empero emparentado con la obra de Kipling, sobre todo, por el espíritu. Participa de aquella voluntad de exaltación de unos hombres uniformados, que luchan por dejar plantada con dignidad—esto es muy importante—la bandera inglesa en tierras asiáticas.

A esta bandera que será la última imagen del film. Mientras suenan las trompetas de la gran parada militar, los rostros nos son presentados en unos primeros planos. Los rasgos faciales se han inmovilizado, rígidos, en una atención emocionada. Arriba, en el cielo límpido, nada más se agita y se mueve la bandera, como diciéndonos que allí únicamente cuenta ella.



ANDRÉS A. ARTÍS
redactor de "La Publicitat"

nal por un hombre, soldado del ejército británico en la India, que se siente obrero en la edificación de un Imperio, y que nada más escucha la voz del patriotismo?

A un Mac Gregor, impulsivo y sentimental, le cuesta comprender la grandeza de la disciplina. Ignora que la gloria de las naciones, como la de las iglesias, tanto como encima de gestas y figuras alborotadoras, están fundamentadas en el trabajo paciente de hombres oscuros, que han consu-

Carmen
Poema lírico cinematográfico

PAÏRIA E IMPERIO

por *Angel Ferrán*

Se ha hablado tanto y tan mal de los imperialismos y sus funestas consecuencias que más de una vez hubiéramos deseado averiguar qué podía haber de bueno en ellos, o siquiera en alguno de ellos, para que tantos enemigos de buena fe se hubiera granjeado y tantos amigos de mala fe tuviera. Como ciertas mujeres despreciadas, hacía sospechar esta hostilidad un buen fondo malogrado por la tragedia de la vida, como tantas veces nos presentan ciertas literaturas de buena intención y mala calidad. Pero no obstante, nuestra buena voluntad, era demasiado el clamor general, si así lo preferís y demasiados sospechosos los que aparentemente vivían de la palabra desgraciada, para que pudiéramos encontrar en la mezcla, una justificación de nuestro interés.

Por otra parte, fuera del inglés, los otros imperialismos se nos presentaban como una especie de falsificaciones vergonzantes e inconfesables, lo cual evidenciaba que era por el lado del género auténtico, (género inglés, como dice el tendero) por donde habíamos de decidirnos dejándonos de imitaciones que evidentemente no podían dar ningún buen — buen en el buen sentido de la palabra — resultado. Y habiéndonos encontrado en la época en que Kipling estaba de moda y nosotros en la edad de seguirla, leímos a Kipling y nos causó una gran impresión, como a cualquiera que en aquel tiempo se tuviera en algo. Ciertamente Kipling era el más alto exponente literario del imperialismo británico; pero leído y releído y admirado, nos encontrábamos aún con que no podíamos ver claramente — lo que se dice claramente, si claramente quiere decir algo — en qué consistía aquel tan atacado — por los no ingleses — imperialismo inglés. Debía ser de fijo aquello que decía Goethe de que los árboles nos tapaban el bosque. La novela tiene acaso eso; que entra uno tan adentro, detalle por detalle y rincón por rincón, que a veces le cuesta trabajo ver el conjunto, el panorama con las principales eminencias, depresiones, ríos y lugares que dibujan el mapa. Precisaría para ello, un golpe de vista rápido que nos permitiera ver la estructura y olvidar los detalles... Y eso no

hay como el cine para presentárnoslo. Esta rapidez del cine que tiene tantos inconvenientes, tiene esta gran ventaja: la de orientarnos en una síntesis rapidísima allí donde la novela nos llevaría a perdernos en un análisis minucioso. Claro que entonces lo preciso sería hacer un análisis de aquella síntesis para aclarar las cosas.

En este sentido el film *TRES LANCEROS BENGALIES* adaptado de una obra de Francis Yeats Brown — no precisamente pues de Rudyard Kipling — nos ha aclarado a todo Kipling.



ANGEL FERRÁN
redactor crítico cinematográfico
de "La Publicitat"

Habíamos creído que el imperialismo — el inglés, claro está — era una idea de patria en expansión y para asegurarnos buscamos en el diccionario el equivalente de la palabra patria. ¿Sería *fatherland*? En la Enciclopedia Británica no se consigna tal palabra; en el Webster se cita como un germanismo, *vatherland*. ¿Es que no tienen patria los ingleses o que carecen del sentimiento de ella, o simplemente no han sentido la necesidad de una palabra tan plena de significado, teniendo los equivalentes de *país*, *tierra natal*, *hogar*, etc., (térmi-

nos que evidentemente no expresan la entelequia de la palabra patria) que dan como traducción los diccionarios bilingües). Es cosa difícil de decir; pero en el imperialista Kipling se observa una especie de adversión, de pudor feroz en cuanto a toda idea de patria y de sus símbolos tan prodigados en otras literaturas y en otros países.

En una de sus novelas más características, *Stalki y C.*, nos explica cómo es recibida, en un colegio donde los muchachos se preparan para ingresar en Sandhurst, famosa academia militar, una conferencia sobre "patriotismo". Nos pinta el autor la muda indignación con que los alumnos escuchaban la peroración del conferenciante, M. P. (Miembro del Parlamento) quien gritaba con voz ronca y dice cosas como "la esperanza del Honor y el sueño de la Gloria de las cuales los chicos no hablan ni con sus más íntimos amigos", así como también que "profanó los rincones más secretos de sus almas con gritos y gesticulaciones". Los invitó a considerar las gestas de sus antepasados de tal manera que los hizo sonrojarse hasta las orejas. Algunos de ellos, — la voz estridente cortaba el silencio glacial — podían haber tenido parientes que murieron en defensa de su país (no pocos de ellos pensaron entonces en una vieja espada colgada en un pasadizo o en la pared del comedor, vista y tocada a escondidas con la punta de los dedos desde que empezaron a andar). Los animó a imitar estos ilustres ejemplos; y ellos en su extremo malestar no sabían a dónde mirar. Su edad no les permitía captar claramente sus propios pensamientos. Sentían de una manera salvaje que habían sido ultrajados por un hombre gordo "que consideraba las balas como un juego" (esto es, como un sport). Y más abajo sigue Kipling: "después de muchas palabras cogió el palo envuelto en tela y se puso una mano en el pecho. Aquello era el símbolo concreto de su país, digno de todo honor y reverencia" que ninguno de "vosotros mire esta bandera si no hace voto de añadir dignamente esplendor a su esplendor inmarcesible" y sacudió ante ellos un gran trozo de algodón llamativo con sus tres colores y esperó la tempestad de aplausos que

había de coronar su esfuerzo. Pero ellos se miraron en silencio. Ciertamente habían visto antes aquella bandera. Allí abajo en la estación dei guardacostas, o bien con un anteojo de larga vista, a media asta cuando un *brick* embarrancaba en los bajos de Braunton; en el tejado del Golf Club o en el escaparate de Keyte, donde un dulce especial llevaba una banderita de papel, en cada caja. Pero el colegio no la desplegaba nunca; no formaba parte de sus planes de vida; el director no la había aludido nunca; sus padres no les habían inculcado tal idea. Era una materia cerrada, sagrada y aparte, ¿qué se proponía, en nombre de lo más grosero, aquel hombre al agitar el trapo delante de sus ojos? ¡Vaya una idea! ¡Tal vez estaba borracho!"

Y esto lo dice un imperialista. Alfredo Jarry, en cambio, francés, pero rebelde, hijo de un pueblo saturado de la idea patria, dirá de la bandera que es "la muleta que sirve para hacer avanzar ciegamente a los pueblos hacia el engaño del estoque". Y estas dos actitudes, aparentemente parecidas, son absolutamente antagónicas por poco que se las considere: la una, sentimiento sagrado formado de reserva y de respeto; la otra, menosprecio a fuerza de tanto oír hablar...

Stalky y sus compañeros, una vez oficiales, irán a la India y en sus gestas de frontera se parecerán extrañamente a los héroes de TRES LAN-CEROS BENGALIES. La idea de patria, demasiado íntima, no es en el pueblo inglés una cosa para hacer ostentación de ella ni menos para someterla a una expansión. La patria para el uso cotidiano ha sido sustituida por el Imperio. Y este otro artículo ha dado mucho mejor resultado. Porque la patria es un concepto territorial, rígido, difícilmente extensible, para que lo sea es necesario mojar con sangre mucha tierra. La patria es además cerrada, centrípeta, con tendencia constante a la introversión, esto es, a replegarse en sí misma. En nuestra tierra la patria ha llegado a tomar un sentido peyorativo y egoísta: el estómago.

El Imperio (género inglés, se entiende) es integral; tiene la tierra y el espíritu y por tanto es, además de territorial, personal, adaptable, flexible y por el hecho de ser personal es expansivo; no necesita muertos (con los de muerte natural tendría bastante) ni sangre; muy al contrario, vive de los vivos, del servicio de los vivos, tanto como de los muertos; además es abierto, centrífugo, con tendencia a la extraversion, a exten-

derse por elasticidad y sin explosiones. El hombre del continente, al salir de su país abandona la patria, siente su nostalgia y el afán de volver, porque la ha dejado lejos; pero en esta lejanía tiene la excusa para no hacer nada por ella. El inglés lleva el Imperio allí a donde va; no hay nunca ruptura como hay en el caso del expatriado. Stalky y sus compañeros en el libro de Kipling, el coronel Stone y los oficiales Mac Gregor, Forsythe y Stone, en el corazón de la India como en cualquier parte del mundo son los "esclavos de la lámpara de Aladino": el Imperio.

Este es el secreto del sentido de responsabilidad del pueblo británico: no necesita representaciones externas porque lo lleva todo dentro. Cuando en el film el Coronel Stone dice que no puede sentirse padre en la posición en que se encuentra en la India porque forma parte de un puñado de hombres que es responsable de otros trescientos millones, es porque en él y en ese puñado está todo el Imperio. No puede hablar de la intimidad que su hijo representa por la misma razón que no puede hablar de su patria, como un hombre educado no habla de su propia intimidad, ni de la de su mujer, ni de la de su madre: por pudor; pero de una manera natural sin ninguna violencia ni alharaca.

¿Es esto superioridad del pueblo británico? Evidentemente: pero no una superioridad de raza, intrínseca; el pueblo británico ha tenido la ventaja inicial de tener su terreno señalado de una vez para siempre; las otras patrias se han estirado, se han encogido, porque las fronteras sobre la tierra son de goma y de sangre; la idea de patria es en ellas una obsesión porque es un problema. Para las islas británicas este problema no existe por más ingleses, escoceses o irlandeses que se ahoguen en sus mares la tierra no aumentará un palmo. La patria, no es pues un problema y por tanto, no es una obsesión; y es por esto por lo que la necesidad biológica de una obsesión, de una meta, ha hecho nacer la idea del Imperio.

Rusos, nazis, fascistas, parece ahora como si quisieran hacer en estufa y a presión y en cuatro días lo que el pueblo británico ha hecho al aire libre, de una manera natural, con toda libertad y en largos siglos. La materia prima, sin embargo, es, en todos ellos la idea de patria — de raza o

de clase, y de patria lo mismo en el fondo — que como el agua o el aire a presión ahogan. La idea británica del Imperio es en cambio una moral como el éter, inaprensible, que lo penetra todo, cosas y ambiente, y no cohibe ningún movimiento porque es buen género, moral y materialmente: género inglés garantizado, musculatura de imperativo categórico que sostiene de dentro a fuera, no corsé de opresión que ha de comprimir de fuera a dentro. Y la musculatura se hace con gimnástica, no con corsés.

Ahora bien: rusos, nazis, fascistas, al replegarse, al encorsetarse para darse fuerza es una armadura o esqueleto de crustáceo lo que se quieren dar. Los ingleses en cambio tienen bastante con el jersey porque debajo de él está el músculo, la moral. Faltaría ahora saber si esta moral es la buena, o aún sencillamente, si es buena. Se acusa a los ingleses de opresores porque con su fuerza amoldan por dentro y por fuera a los pueblos sobre los cuales actúan. Ya hemos dicho, sin embargo, que el espíritu de Imperio es activo; podríamos añadir una secreción activa a constatar, no a discutir. Existe y existiendo ha de obrar, nos guste o no. Pero aún gracias que si obra, lo hace como lo hace, en sentido civilizador y natural. Imaginemos no más que este espíritu, como sucedió en otros casos próximos, lo tuviesen los hindús y viésemos a un Mohamed Khan estableciendo su dominio sobre el puñado de hombres, de "esclavos de la lámpara" de que forman parte los Stone, Mac Gregor, Forsythe, Stalky y los otros y de rechazo sobre el Parlamento de Londres. Imaginemos las cosas al revés y a Gengis Khan, triunfando sobre el espíritu de Europa e imponiéndole su espíritu de patria. Sería absurdo y, no obstante, los ejemplos no faltan.

Entonces ¿es que ese espíritu de Imperio del cual hablamos es lo que comercialmente se llama "una exclusiva"? ¿Es preciso pues abandonar "ogni esperanza"? ¿Sabadell y Tarrasa no podrán producirla jamás? ¿Y por qué no? Acaso sí... pero no tan sencillamente como parece. De manera natural, precisan reglas; por fuerza, toda la eternidad no bastaría. Además, Mohamed Khan tiene la lámpara y para quitársela no hay sino una receta que no es precisamente de ningún inglés: "cultivar nuestro jardín" como escribió Voltaire y acabó por hacer Candide, vigilando siempre que no nos roben la fruta o que de propietarios, no nos encontremos convertidos en colonos.

Garibaldi
la epopeya
del forjador de una nación

'TRES LANCEROS BENGALIES'

T R I P T I C O

por *Tomás G. Larraya*

LANCERO N.º 1

Mac Gregor

Alto, grande, serio, grave. Disciplinado sin ceguera, murmura a solas de la disciplina y hace muecas a sus superficialidades. ¡Ese botón desabrochado! ¡Puah!...

Rudo, rudo, rudo; pero fiel cumplidor, audaz, leal, aguerrido, cordial. Lo que para otros sería sacrificio para él es cumplimiento de un deber impuesto por su conciencia, por su honra y por su ternura.

Bajo capa de asperanza y desabrimientos, alma amorosa, maternal.

Sus rebeldías, sus protestas, su osadía, su intrepidez, su vida, su honor, todo por y para los suyos: sus compañeros, su regimiento, su patria. ¿Y él? ¡Qué importa él, cuando los demás pueden sufrir!

LANCERO N.º 2

Forsythe

Alegre, travieso, zumbón, gusta de hacer rabiar a Mac Gregor, a quien quiere con toda el alma, porque, mundano y psicólogo, sabe cuanto vale aquel mocetón cascarrabias. ¡Madre Mac Gregor! Le llama con gran acierto.

Cumplidor del deber, firme, entero se rebela sin gritos ni protestas cuando la disciplina está contra sus humanitarios sentimientos.

Valeroso, esforzado, ágil, sufrido, sabe aprovechar estas condiciones en pro de elevados ideales, amistad, fidelidad, honor.

Prudente, experimentado, firme, entero, excusa las faltas y calla lo que pudiera dañar una reputación y entristecer un corazón de padre.

¡Muy humano! ¡Muy noblemente humano!

LANCERO N.º 3

Donald Stone

Juventud ansiosa de afectos que sufre el trallazo de una rigidez atenta al cumplimiento del deber, que sabe

CARTELA

Coronel Stone. Rigidez. Severidad. ¡Todo por la patria! ¿Todo? Todo.

Rectitud. Ordenanza. Disciplina. Y sin embargo unos indisciplinados salvan su ejército. Son sentimentales, pero son leales y son héroes... El mismo los premiará. ¿Fracaso o victoria?... y su corazón de padre satisfecho, amoroso, sensible hace temblar su mano y sus labios.

FONDO Y MARCO

India enigmática. Tropas. Escaramuzas. Desolación. Campos yermos. Montes agrestes. Peñascos. Fantasías orientales. La patria de unos. La patria de otros. Tiros. Cabalgadas. Odios. Amores. Torturas. Frases sutiles, escurridizas. Convites, disimulo, recelos. Frases tajantes, definitivas. Sacrificios. Pólvora. Municiones. Banderolas tremolantes. Algarabía. Uniformes. Vistasas vestimentas. Disfraces. Serenidad. Sagacidad. Deber moral cumplido. Deber material cumplido. Luz en el alma y luz en el paisaje. Reflejos dorados. Reflejos acerados. Recovecos espirituales. Meandros de sentimientos. Negruras de calabozo. Negruras de conducta. Camaradería y delación, rectitud y doblez. Batallas interiores, turbadoras. Batallas exteriores, destructoras. ¡Heroísmos!

Hombres, seres, psicología, vida y realismo.

Dinamismo. Movimiento. Celeridad y una gran fuerza

CINEMATOGRAFICA



TOMAS G. LARRAYA

ocultar la ternura. Locuras de primer vuelo. Inexperiencia acechada por todas las atracciones de la carne: vino, belleza... Afán de vivir.

La perversidad, la astucia, se aprovechan de su mocedad. La maldad lo vence por el dolor. Pero él, rama de buen árbol, sabe redimirse. La lección es dura. La vida tempranamente le muestra cuanta doblez y perversidad hay en ella.

La lección es dura, pero no perdida.

3 LANCEROS DE 1935
LA SENSACION BENGALIES

FRANSON y Dalila
ASOMBROSO ESPECTACULO Paramount

LA SENSIBILIDAD DE LA HORA

por Juan Gutiérrez Gili

Cada día se nos da en colmo lo desconocido. Difícil arte el captar y retener la Diana de la hora y el nombre de las cosas diluido en el sueño. Modernidad no es otra cosa que el anhelo, puesto en práctica, de dar historia a los minutos. El mito y la leyenda comenzaron a plasmar los actos de la especie. Pero nuestro tiempo no confía — loco de vértigo — en la fidelidad erudita, ni en la memoria de una nueva tradición. Y entre nuestra avidez por dar corporeidad al presente, llevamos en triunfo el engaño de los ojos, llegando a respirar colores, a sopesar sonidos y a graduar con la retina temperaturas de penumbra. Murió la Historia, pues la vida sólo es cierta en su instante. Se es cuando se es, no antes, ni luego de haber sido. Cantas y estás dejando de cantar. Miras y estás dejando de ver. Lees y atropellas y arrollas tu memoria. ¡Pero en el fatum del devenir está el sabor de buscarse, secreto humano de todas las acciones humanas!

Esta es la lección del manantial de luz y sombra. ¿Qué páginas se llenaron de verdades y mentiras, de himnos y crónicas, de suspiros y maldiciones, de dictados a la conducta, como lo fué la pantalla insondable del cinema? No pudo dejarnos el pasado su carne y su alma como nosotros lo hacemos en el nuevo legado del arte, llevado por la ciencia a una imposible posesión y perpetuación corpórea de la humanidad de hoy y su universo. Pero renunciemos a identificar el tiempo y el espacio.

No es en el reportaje gráfico y móvil, sino en la película de ficción, donde quiero sorprender la fisonomía de nuestro mundo. Y tomo dos films: "Remordimiento" y TRES LANCEROS BENGALIES. ¡Qué transición en pocos años! De un mundo que aplaudía los relatos pacifistas de los ex-combatientes, a otro que descubre cuán fácil era su fe en la paz. Voces solitarias, voces beneméritas clamaban aquí y allá, sincronizando los corazones,

como si se pudieran sincronizar las estrellas palpitantes, los relojes de las cancillerías. Henderson fué llevado, como antaño se decía, por las trompetas de la fama, por su llamamiento a la orilla rusioniana del lago Lemán: "Venid a ofrecer a las naciones la fórmula mágica para que los ciudadanos no vuelvan a servir de carne de cañón. Venid, técnicos, a deshacer los adelantos de la química y de la siderurgia, e inmediatamente



JUAN GUTIERREZ GILI
redactor de "La Vanguardia"

serán licenciadas las quintas que deben poblar, en vez de los cuarteles, los talleres y las universidades; será desmontada la artillería, desguazada la armada, convertidos en aviones deportivos y comerciales los de caza y bombardeo. Y la paz reinará sobre la tierra".

La voz del hombre sin hiel se agostó, como la luz de los días jubilosos. No es que la audición deje de substituir a la lectura. Es que los recuer-

dos de la guerra, llenos de remordimiento y vergüenza, pasaron de moda. Hoy sería arriesgado negar un elevado sentido homérico a la literatura nacionalista. Y asimismo las invitaciones de los oradores pacifistas suenan a traición en la calle, el hogar y la escuela. Marcial y tajante, vibra en cambio, la palabra de los caudillos, en un asombro de arengas, de irresistibles empujones al asalto. Es la sombra de Demóstenes y de los viejos sufis, resucitada y crispada, que se mezcla, perorando, en los negocios insolubles de los gobiernos.

En vano el filósofo se empeña en indicarle a la humanidad los dichosos vericuetos del sér y los plácidos fundamentos de la existencia. En vano el asceta predica con el ejemplo a una sociedad jocunda, que pierde el sobrio "espíritu de colmena"... Y lo que más conturba es la sonrisa de una generación que responde a órdenes cuartelarias, si bien ministeriales, con el convencimiento de que lo único espantable, no son los horrores pasados, sino la maldición de la patria futura. ¡Qué frenesí hace sentir al hombre un arrepentimiento plural y anticipado, por no haber servido acaso a la posteridad en razón de la patria!

Ahora que veo en imperios coloniales e intelectuales clamar por una educación imperialista, ahora que incluso veo a cronistas franceses envidiar la gloria de un Kipling, mejor dicho, la gloria británica de poseer mentalidades típicas, exaltadoras hasta la creación, de lo que es por sí orgullo gris de pluralidad amorfa, ahora es cuando cobra para mí todo su sentido histórico la interpretación artística del nuevo humor de los pueblos. En TRES LANCEROS BENGALIES se plantea el drama entre el amor paternal y el amor patrio. Hace unos años, para que un film agradase debía mostrar el triunfo del primero de esos sagrados sentimientos. Hoy no tenemos más remedio que recordar que ya vemos en el Antiguo Testa-

mento a Abraham preparando la pira en que abrasar a su hijo. Y en Tarifa nos sobrecoge Guzmán arrojando su puñal para el tremendo holocausto. ¡Extrañas perspectivas las de las acciones humanas! ¿En qué ángulo visual colocarnos? El protagonista del film nos responde heroicamente. Sabe cuál es el metal, el timbre de la hora: una fusión de nuevos ímpetus marciales y de épicas tradiciones victorianas. Todos los gestos de esos personajes de luz y sombra (maravillosamente movidos por una técnica, acaso

más que original, perfecta), exaltan el viril sentimiento que registramos hoy en la tendencia a robustecer la moral nacionalista. Que la antigua concepción de la patria se modifique y depure, no es improbable. Mas por hoy se inculca en el ciudadano el gusto — que pareció perdido a fuerza de escarmientos — por los azares belicosos, la camaradería de campamento y las aventuras bizarras. Esparta tiene su buena hora. Atenas tiembla. La leyenda de los rudos creadores de pueblos ha cobrado un realismo impresio-

nante. (¿Y nosotros? ¿Dónde están nuestros plasmadores de categoría mítica?).

**

Pero queríamos sondear absurdamente el alma de la ficción, olvidando que está en la vanidad, deliciosa y trágica, de lo desconocido. No le preguntes a la Belleza quién es. Tómala si se te brinda. La vida es eso. En la presente selva de confusiones, ¿a qué pedirle otro secreto al arte?

ESPIRITU Y MATERIA

('TRES LANCEROS BENGALIES')

por Lope F. Martínez de Ribera

Ha sido una de las impresiones que persisten sobre mí a través de los días, la que se colgó en los aleros de mi emoción, impulsada por los fotogramas de TRES LANCEROS BENGALIES, film Paramount estrenado la pasada temporada en Coliseum. Persiste y persistirá mucho tiempo. Hemos visto grandes films durante la temporada 1934-35. Algunos de ellos tan admirables como "La casa de Rothschild", "Las cuatro hermanitas", "La Ninfa Constante", "Siempre viva", "El pan nuestro", "Extasis", "Rumbo al Canadá", "Hombres de Aran", "Rapto"... En todos ellos encontramos imágenes perfectas, ritmos armónicos, estados de alma capaces de depositar en nuestra espiritualidad la caricia de la emoción. En muchos de estos films se podrían seleccionar metros y metros con qué enriquecer la antología del cine internacional. Todas las conquistas del cine sonoro, todos los preciosismos luminotécnico, todos los atrevimientos a que se puede lanzar el objetivo en su anhelo eterno de bellas imágenes, los encontramos en estos films. Dominaba en algunos de ellos el cerebro — expresiones inteligentes. — Se presentía en los otros el

corazón — expresiones instintivas; — pero rara vez cerebro y corazón iban al unísono. La emoción que nos ofrecían se hallaba casi siempre estran- gulada por este desequilibrio.

Sólo un film nos dió, en armónico enlace, estas dos formas de la expresión cinematográfica. ¡Perfecto maridaje de lo consciente y lo inconscien-

te que anima la vida y los hechos del hombre!... Este film, excepcional por esta sola causa, fué TRES LANCEROS BENGALIES.

**

TRES LANCEROS BENGALIES es, ante todo, un film norteamericano, desde el principio al fin de su estructura técnica. No se apoya en alharacas fotográficas, ni en oscuros conceptos arrancados a las bajas pasiones que fustigan a la humanidad. Su luz interior es el heroísmo exaltado por el amor a la patria lejana. Poema intensísimo dedicado a cantar la epopeya grandiosa de la colonización inglesa, es, en cada uno de sus cantos, una estrofa expresada en imágenes de intensa emotividad, unidas entre sí por ese algo impreciso, imponderable que presta aliento a la obra artística.

**

De un tiempo a esta parte se viene notando en el cinema americano un noble afán. Durante mucho tiempo impulsada por el imperativo comer-



LOPE F. MARTINEZ DE RIBERA
director de "Popular Film"

cial, América realizó una producción francamente materialista. Fueron siempre muy pocos los films dedicados a exaltaciones de los distintos procesos de la espiritualidad humana. Parecía como si los productores yanquis no admitiesen otro fenómeno espiritual que el que vibraba en la atracción de los sexos: el amor. Kayserling, el filósofo vagabundo, se basó en este materialismo para echar sobre el presente de los yanquis el peso de una serie de conceptos filosóficos depresivos para la civilización del nuevo continente, al que achaca la culpa de la decadencia espiritual que corroee las esencias más puras del occidentalismo. Tal vez el filósofo alemán ve con apasionamiento este proceso del materialismo yanqui. Yo, por mi parte, así lo creo. Los filósofos, dados a altas elucubraciones intelectivas, suelen verlo todo a través del prisma de sus conceptos más firmes. En ninguna mente arraiga tanto la idea fija, como en la mente del filósofo. En Kayserling la idea fija es aquella en que se apoya su credo en la decadencia espiritual de los pueblos nuevos.

¿Ha pretendido América del Norte salir al paso de estos conceptos deprimentes, con este nuevo aliento, que pretende llevar a su producción cinematográfica? Si TRES LANCEROS BENGALIES nacieron ajenos a esta ruta de regeneración, impulsados únicamente por una recia individualidad de artista, consciente de los designios propios de la obra de arte, no sería de tan alta transcendencia, a pesar de la honda espiritualidad que vibra en cada uno de sus fotogramas. Pero si, como quiero suponer, responde al imperativo categórico de un plan preconcebido, lanzado a la conquista, para el cinema, de los más nobles ideales de la humanidad, su transcendencia es tanta, que bien merece que lancemos a los cuatro cardinales los alegres sonos de nuestras campanas de gloria.

**

El ambiente en que se mueve el film nos ofrece, sobria y llanamente expuesta, en imágenes de absoluta

verticalidad, la vida de un destacamento de tropas coloniales inglesas, obligado a la lucha con el hombre, con la Naturaleza y consigo mismo en una guarnición fronteriza. Férrea disciplina militar, altos conceptos del deber, amor a la patria lejana, confraternidad noblemente sentida... He aquí los fundamentos que conducen al hecho heroico y al renunciamento de la propia personalidad en aras de los intereses de la patria.

En este ambiente nos ofrece el autor cinco caracteres antagónicos, separados por el abismo de una distinta educación. Temperamentos que se mueven en distintos planos, sólo el imperativo del deber puede soldar sus caracteres en un mismo impulso idealizado por la empresa que la patria puso en sus manos.

Son dos jefes y tres oficiales los héroes del film. En ninguna ocasión mejor que en ésta puede calificarse a los protagonistas del film de "héroes". En esta ocasión son todos ellos auténticos "caballeros del ideal".

Gary Cooper interpreta el personaje más acabado del film. Psicológicamente considerado. Hombre violento, impulsivo, infantil a veces, rebelde contra todo lo que hiera sus principios morales, camarada afectísimo, hosco y huraño exteriormente, y sensible, en cambio, a toda bondad, nos viene tan rotundamente expuesto por el famoso artista ante el objetivo, y tan cuidado por el director de escena, que bien podemos considerar este personaje como uno de los que más sensación de realidad nos han ofrecido en la pantalla norteamericana.

Franchot Tone, mundano, alegre, aristócrata en sus modales y en sus gustos es, ante el personaje instintivo que interpreta Gary Cooper, la consciencia, la razón, la sensatez inglesa. Si los distintos caracteres que dibujan a las razas no cupiesen en cualquiera de los paralelos terrestres, escapándose a la clasificación caprichosa de los psicoanalistas, podríamos decir que Gary Cooper encarna un personaje de características latinas, frente al prototipo de la anglosajonidad que interpreta Franchot Tone en este film, convertido en el hito más alto de su

arte, por la admirable labor que le soporta.

Sir Guy Standing da vida a un personaje de difícil expresión psicológica. Padre amantísimo, viene obligado a aparentar lo contrario por las imposiciones del deber. Los demás, que están bajo sus órdenes, pueden tener impulsos, corazón, sentimientos... El, no; él ha de acallarlos todos ante la responsabilidad que la patria puso en sus manos. Viejo soldado, ha conquistado la serenidad, curtiendo su carne y su espíritu en el sacrificio de todos los días... Sólo en un instante se nubla el cristalino de su pupila al condecorar a su hijo. En el temblor de su mano cohibida por una actitud militar, se ve al hombre a quien, en tal instante, no pudo dominar el soldado.

Richard Cromwell y C. Aubrey Smith completan el grupo heroico que da vida y emoción a la farsa, en su lucha con las tretas y artificios de los naturales del país, lanzados a la reconquista de su independencia con todas las armas y acuciados por todos los odios y las más crueles venganzas.

**

Poema heroico es éste, tan admirablemente expuesto, que consiguió acercar su entraña a todos los públicos; al intelectual y al instintivo. Habríamos de recurrir para buscarle paralelo a algunos pasajes de los poemas heroicos griegos, a la grandeza de nuestro romancero o a las octavas reales de la "Arancana" de Ercilla, en la que los guerreros alcanzan a veces categoría de dioses, en luminosa exaltación patriótica.

**

He aquí los valores cinematográficos que imponen el éxito de este film; valores que para mí no suponen nada, si los comparo al otro valor que percibo en la cinta: el retorno del cine norteamericano a la espiritualidad de una obra cuya transcendencia educadora está en relación directa con la expansión internacional de su cinema.

El alma y la acción de

"TRES LANCEROS BENGALIES"

por *Montero Alonso*

Las viejas palabras cantan todavía al oído del hombre: "Diversidad, sirena del mundo". Por la diversidad, el hombre pone gracias y alegrías nuevas en su vida de siempre. Por la diversidad, cambia el fastidio en esperanza y la fatiga en impaciencia. Por la diversidad, es posible todavía el placer nuevo, la emoción desconocida y la inédita sensación. Se suceden tedios y desencantos, experiencias que al cabo no son sino la repetición de lo mismo; y a pesar de todo ello, en el oído y en el alma del hombre tiene un eco de embrujamiento la vieja frase: "Diversidad, sirena del mundo".

Nada como el cinema trae hoy esa diversidad, ese espectáculo múltiple que hace bella la vida. Nada como el cinema lucha contra el gran tedio, monstruo del siglo, veneno de las horas actuales. Por la pantalla, el espectador se hace viajero de todas las rutas y protagonista de todas las risas y todos los llantos, que en realidad, sólo tendrían un cauce y un ritmo, se hacen, al conjuro del cinema, ricas y fértiles, ávidas y luminosas. La pantalla es el opio y el ensueño del mundo.

Por esa diversidad que el cinema trae a la vida, es posible, desde la butaca de una sala en sombras, contemplar y sentir la emoción de la vida colonial a través de las escenas de TRES LANCEROS BENGALIES. Vida colonial: punto de contacto entre la luz y el misterio, entre lo conocido y lo desconocido, entre Europa y las tierras no desprendidas aún de lo primitivo. Esa vida colonial participa de realidad y de fantasía; ni tan absolutamente real que sea la propia vida de todos y de siempre, ni tan absolutamente fantástica que se deshumanice y resulte, por la obsesión de la fantasía, artificiosa y sin emoción. Lo colonial — Inglaterra y la India, en la película — es un poco nuestra propia vida y un poco la vida de misterio que a todos nos gusta imaginar.

TRES LANCEROS BENGALIES: tres hombres de Europa bajo los azules esmaltes del cielo de Bengala. Gracia de Europa y nervio de Europa; disciplina y aventura a un

mismo tiempo, arrojo, emoción de la patria lejana y presente en todo instante. En las palabras y en los sueños de esos hombres se dibuja constantemente la gran sombra amada de Inglaterra. Y esta sombra se hace en ellos, transformada por la nostalgia, sentido del deber, imperativo de la conciencia, disciplina y mandato.

¿Una película excelente, una película completa? Solamente lo será la que junte y armonice sus valores de acción, sus valores exteriores, con sus

enfrentándose con la emoción personal, familiar, formando una dramática contradicción.

El concepto de patria — un concepto erguido y vertical, exigente — late a lo largo del film con una sobria emoción. Ante ese concepto, todo muere y se borra: la personal conveniencia, la vida tranquila, el dolor o el bienestar físicos, el amor, el propio corazón. "Destruyanos, Inglaterra y te seguiremos amando", canta un día uno de los tres lanceros, prisioneros del enemigo, golpeado y sin esperanza, hundido en las cuevas oscuras de una fortaleza. Sólo en uno de esos tres ese sentido austero y riguroso del deber vacila, se rinde; pero en las horas finales, cuando la lucha y la muerte cercan las vidas de todos, en su espíritu se alza, con una violenta sacudida, aquel mandato y pone ímpetus nuevos en la mano que mata al caudillo enemigo. "Destruyanos, Inglaterra, y te seguiremos amando". Unas jornadas después, en la tierra luminosa de Bengala, unas palabras sencillas destacan el heroísmo de los tres hombres, ante la fuerza alineada en formación de honor. De los tres, dos reciben la condecoración sobre el campo. El otro ha muerto. La insignia es prendida sobre el paño de su caballo. Y en el momento, sobrio, emocionante, un temblor de lágrimas surca el rostro de aquel lancero que sintió vacilar su deber y que no puede ver ya junto a sí a su camarada en el regimiento.

No la eterna película de galán y dama. No la eterna rivalidad amorosa. TRES LANCEROS BENGALIES traen a la pantalla un acento y una emoción que no son las de todos los días. Esta misma calidad no frecuente de la película requería una interpretación distinta también de la que desfila habitualmente por las pantallas. TRES LANCEROS BENGALIES ha encontrado esa interpretación. Gary Cooper, Franchot Tone, Richard Cromwell, Kathleen Burke, Sir Guy Standing y C. Aubrey Smith dan a la cinta su justo acento de sobriedad y de emoción. Gary Cooper — su nombre, simplemente, es su me-



MONTERO ALONSO
de "Cinegramas"

valores íntimos, de sentimiento. TRES LANCEROS BENGALIES es en este sentido una cinta completa, porque en ella acción y sentimiento se acoplan perfectamente. Por un lado, la acción, el escenario, el campamento, Bengala, los guerreros de bárbara fiera, las caravanas que zigzaguean llanos y montañas, las fortalezas escondidas entre riscos. Y tras este ritmo exterior, tras el "rostro" de la película, su alma, su sentimiento: el sentido inflexible y riguroso del deber,

jor elogio — crea su personaje, sonriente, sencillo, con una profunda verdad, con esa magistral naturalidad que hace de él uno de los actores más completos.

Hay en la nueva cinta momentos en que las calidades puramente cinematográficas alcanzan una admirable perfección: aquella parte final de la lucha, lograda con un verismo y una emoción que acusan insuperablemente la "garra" americana, esa maestría técnica que nadie discute al cinema de Hollywood. El estruendo del combate, el tableteo de la ametralladora, el grito y el lamento, el galope y el salto, el gesto de espanto y la actitud

del que muere. En unas escenas rápidas y alucinadas, tumultuosas y febriles, pasa el horror de una lucha magistralmente conseguida, corporeizada con una realidad vigorosa, con un formidable sentido del movimiento, del ritmo múltiple y dinámico que nadie posee como los americanos. Aquellas escenas tienen una emoción difícilmente olvidable.

Vida colonial, sentimiento del deber, acción y alma; esto es TRES LANCEROS BENGALIES. En el desfile diario de películas, esta exige hacer un alto, detener sobre ella la atención, tan fugitiva, que en tantas cosas se pierde. Nuestra pobre aten-

ción de hombres apegados a la realidad, sujetos al cauce común, goza ante esa ventana que abre a otro mundo la nueva película. Una vez más, la diversidad nos embruja a través del cinema. El cinema: sirena, opio y ensueño de nuestro tiempo. Se extingue el clamor del combate, se apagan los tiros y los gritos, y el corazón aguarda aún — alma y sentido de la película — las palabras de aquella canción que uno de los tres lanceros bengalies canta en su prisión, tundido por el tormento, mas en el alma la luz inextinguible de la patria distante: "Destruyanos, Inglaterra, y te seguiremos amando".

"TRES LANCEROS BENGALIES"

Y LA ACCION PROFUNDA DEL ARTE DE LA PARAMOUNT

por *Rafael Moragas*

La primera noche, en que presencié en el Coliseum, el film TRES LANCEROS BENGALIES, llegué felizmente a la conclusión de que en aquella sesión, la pantalla era un encerado donde se demostraban grandes cosas. Entre otras, la evolución de la materia fotogénica. O sea, tomada la materia directamente y trasladada al lienzo sin ninguna clase de adobo.

Volví a ver TRES LANCEROS BENGALIES, ávidamente ya que no era posible en una sola sesión explicarme los muchos aleccionamientos que contiene. Porque el caso es, y no otro, que en TRES LANCEROS BENGALIES, la materia fotogénica ha llegado a un punto de evolución tan considerable, que ya es inconfundible con la materia de otras artes.

Aquellos hombres alejados de su patria, son literatura. Buena literatura. Procedentes de esa excelentísima literatura de Rudyard Kipling, Psichari y Vigny. Pero con todo TRES LANCEROS BENGALIES, es cine. Puesto que este film señala el prodigioso avance en el proceso de liberación de la materia artística dada la fijación logrando los dominios propios: el pleno fotogenismo.

TRES LANCEROS BENGALIES, llega a este punto tan difícil: del que aunque no se hablara quedaríamos convencidos en que todo cuanto ocurre puede ser expresado en imágenes. En la espléndida película de

Henry Hathaway, todo en absoluto queda expresado. Y si rostros, objetos y paisajes expresan, luego viven.

Aquellos militares que se hallan en Bengala imponiendo a una Inglaterra, militares que lo son por verdadera vocación y espíritu bélico, se producen temperalmente diversos. Se hallan, en una tierra hermosa, como debió serlo el mundo recién creado. La naturale-

za es en esa colonia de la Gran Bretaña como sonrisa de niño. Pero, como niño, necesita cuidados y protección. Inglaterra será madre solícita, y como madre llega. Y ellos, los TRES LANCEROS BENGALIES, vienen a ser como los elegidos; pero no quieren serlo ni por la casualidad, ni por la violencia. Con todo, la guerra. Y la exaltación basada en lo admirativo por el ejército colonial de la Gran Bretaña. Y además, aquellos militares que son psicologías de choque y cuyas personalidades surgen de sutísimas contrastaciones psíquicas.

Cuatro hombres dominados por una sola idea. Inglaterra. La patria. Uno de los personajes dijo, que con hombres así siempre consiguió la Gran Bretaña, acrecentar la grandeza. Cuatro hombres diferentes. Expresados cinemáticamente y realizados maravillosamente por la Paramount. La naturaleza, — acierto expresivo del films, — deja comprender que han pasado los hombres, porque han pasado el dolor y la muerte. Pero aquellos cuatro hombres, bien saben, que si han de compadecer la hierba que pisan, no deben dar un paso. Contrastes admirables del inflexible coronel y las impulsividades de Mac Gregor.

Henry Hathaway y con él, la Paramount, construyen, este film, no sólo minuciosamente, sino que además, construyen sentidamente. Pocos, muy pocos films están realizados como este



RAFAEL MORAGAS

Crítico musical de "El Día Gráfico" y "La Noche"

de TRES LANCEROS BENGALIES con tan fino espíritu crítico y tan exquisito sentido de las proporciones. Contiene además una rara virtud: la persuasión. Introduce al espectador por muy exigente que sea, en el terreno de lo auténtico y le dá la dimensión de los hechos. Esta virtud reside constantemente en los TRES LANCEROS BENGALIES. Henry Hathaway, su autor, supo desplegar una especial habilidad para situar los hechos, destacar lo que merece destaque, y dar a cada plano el matiz conveniente. Narra este film en un tono de simpatía y humor, — y este contagiado a gran parte de la película, — tono que no excluye la presencia de perspectivas dramáticas, sino que les

presta una sencilla belleza. Diríase, en suma, que el asombroso film TRES LANCEROS BENGALIES, obra en virtud de un resorte: la idea de la unidad, servida por una clarividencia genial.

La fuerza de este film de la Paramount ha dado nuevos nervios a los espectadores. No lo duden. TRES LANCEROS BENGALIES, película proveniente de un sano humor y al propio tiempo de un espíritu osado, se abre paso entre toda la producción considerable del actual curso cinematográfico porque logrando la originalidad y ésta en un modo absoluto se aparta de una manera eficaz de lo extravagante. Es una película los TRES LANCEROS BENGALIES, que no

disfraza nunca su pensamiento y habla claro. Film, este de la Paramount que no admite rivales. Ya que hay que entregarse por entero a esos admirables militares coloniales, conocidos, reconocidos y aclamados, que se propusieron colocarse en la vanguardia de los triunfos. Que nos muestren los TRES LANCEROS BENGALIES de una manera sobrada y esplendente, una fantasía imaginativa puesta al servicio de armas incisivas: sus lanzas. He aquí su valor. Conviene aclarar esto. Agudos y certeros los lanceros bengalíes como aguda y soberbia en potencia evocativa ha sido esta película, que alza nuestro interés moderno por el cine a la altura de la fama de la Paramount.

COMENTARIO LIBRE

"TRES LANCEROS BENGALIES"

por José Palau

La historia del cine habrá sido, comparada con la historia de las artes anteriores, una historia acelerada. Efectivamente, en cuarenta años se ha incorporado todos los géneros, explotándolos con más o menos fortuna. La epopeya, lo mismo que la comedia de costumbres, la tragedia lo mismo que el vodevil. Hay que decir que esta circunstancia singular se explica de sobras por el hecho de que la más joven de las artes ha aprovechado la experiencia anterior, experiencia que se ha traducido para ella en una cantera bien preparada de los materiales más diversos.

La epopeya habrá sido — como en la literatura — uno de los motivos o temas primordiales. Desde un principio, el cine hizo suyo esta clase de temas que parecen precisamente haberse retirado de las otras artes de narración. Desde un principio, hemos dicho, y ello habrá sido para cultivar en el interior de esta rama cinematográfica, éxitos rotundos que habrán espolado a los productores a persistir en una ruta tan atractiva y de tanto rendimiento emocional. Hoy podemos decir que la epopeya de envergadura se ha reclinado en el cine, donde encuentra un lenguaje capaz de todo el énfasis, de todo el empuje, de toda la grandeza material que el espíritu del género parece reclamar.

La fuerza dinamo-génica de su ritmo, el esplendor sin rival de sus es-

cenarios naturales, su victoria sobre el tiempo y el espacio hacen del cine el rapsoda de la gesta de hoy, de las explosiones de entusiasmo y de heroísmo y de obediencia a los grandes imperativos de la raza y de la historia.

Así pensábamos viendo TRES LANCEROS BENGALIES, este film dedicado a la gloria del ejército colonial de la Gran Bretaña, que una casa americana, la Paramount, ha

producido, podría decirse que como testimonio elocuente de admiración por la grandeza de una raza y las virtudes de un país que a ellas debe haberse impuesto en la época moderna, como el Imperio más grande del mundo.

"Servidumbre y grandeza militar" he aquí el título que también convendría al film, Vigny, Kipling, Psicharion, sin querer, las reminiscencias literarias que la visión de la película no puede dejar de suscitar. No podemos evitarlo. Recordamos, sobre todo, de este último escritor aquella exaltación de la disciplina militar, como una terapéutica moral, como un medio de emanciparse de los fuegos del amor, confiscados en una idolatría, para librarse noblemente a una existencia de camaradería, de sacrificio y de abnegación, cultivando la virtud en el sentimiento romano de fuerza.

He aquí, en el film, cuatro hombres a miles de kilómetros de la patria. Distancia material y, con todo, intimidad espiritual. Diríase que un cordón umbilical invisible los une con el terruño, pues que Inglaterra es el móvil de todos sus pensamientos, emulaciones y actos. Los cuatro se encuentran dominados por una fuerza que no se discute, por una realidad, la patria, que trasciende del tiempo y del espacio. Después del punto de vista individual, las prerrogativas de esta norma de vida parecen absurdas y



JOSE PALAU

redactor cinematográfico de "Mirador"

cruces, y en los espíritus en que aquellos imperativos están en franca depresión, esta conducta formada de contención sentimental y de dureza con uno mismo, parece irracional. Pero en el interior de esta convivencia, tal como es experimentada en el film por el coronel, las cosas se presentan desde otra perspectiva, que anula los motivos individuales ante los intereses del país. Como dice un personaje del film, es con hombres así como Inglaterra ha conseguido su grandeza, hombres cada día más rudos ante la inflación característica del individualismo contemporáneo.

Cuatro hombres con toda la elasticidad de lo humano y en toda su diversidad temperamental. De aquí que cada uno de ellos, sumergido en una misma realidad, reaccione de manera

muy diversa. Inflexibilidad del coronel, entusiasmo juvenil que es el primero en transmutarse en deserción en el joven Stone, humor imperturbable que se contagia al estilo mismo de la obra en Forsythe, y condición agresiva, a ratos grosera y generosa siempre del impulsivo Mac Gregor.

Cuatro individuos finamente cincelados en tanto que tipos psicológicos sumergidos dentro de una gran realidad colectiva: La guerra. Cabalgatas magníficas de coloniales y de indígenas. Camaradería cotidiana con la muerte. Experiencia constante del peligro y de la aventura. Y por encima de esa inestabilidad social, afirmación de las fuerzas más nobles del corazón y del espíritu.

El film es obra de Henry Hathaway. Nada hemos de decir de la fac-

tura de la cinta, que nos ha parecido impecable; del equilibrio con que se ha sabido dosificar los conflictos personales y los movimientos colectivos. Quisiéramos referirnos solamente al estilo con que esta película ha sido concebida y realizada.

Hay en todo momento la presencia de un humor que revela una inteligencia refinada. En aquel humor que resulta de la actitud espiritual de distancia, adoptada por el hombre que se hace cargo de todo y por ello se reserva un margen de ironía, desde donde dominar los altibajos de los acontecimientos, guardándose bien de ser víctima de ellos. Es un humor que atenúa toda violencia, todo estallido excesivo, que quita a los hechos algo de su gravedad, que resta seriedad y comunica serenidad.

UNA OBRA MAESTRA DEL CINE

"TRES LANCEROS BENGALIES"

se ha incorporado al cortejo magnífico
de las grandes películas universales

por *Julio Romano*

Toda obra de arte se manifiesta por su fuerte poder de seducción, por el hechizo que emana de ella que produce en el espectador una pasajera embriaguez, una enajenación de la personalidad. Pero en esta lucha que sostiene la obra estética por la conquista espiritual de quien la contempla, no nos entregamos sin lucha. Buscamos, antes de rendirnos, los posibles defectos, las tachas o descuidos en que pueda haber incurrido el artista, y no la aceptamos de una manera decidida y completa hasta después de haberla juzgado.

Y cuando una película como TRES LANCEROS BENGALIES — joya estética del cinema moderno — nos sojuzga y nos somete a su imperio anulando nuestras posibilidades críticas; que mantiene tenso y vivo nuestro espíritu, que nos incorpora a la fábula, nos incrusta en el tema y nos aprisiona en el interés de la obra, cuando una película alcanza tan magnífico éxito sobre el espectador, es que posee calidades extraordinarias.

TRES LANCEROS BENGALIES va dejando ese murmullo que deja tras de sí la presencia de una obra maestra. El mundo de la aventura se abre a los ojos del espectador como una maravilla, y la película, en una gradación constante y metódica de los recursos cinematográficos, nos conduce hasta el final, donde somos felizmente sacudidos por la fuerte

emoción de unas escenas magistrales.

Esta película es una orgía visual. La retina va recogiendo, ávida, la pródiga cosecha de imágenes. Los tipos — francos, simpáticos, generosos — van gastando su caudal vital, su heroísmo latente, y su energía indomable en múltiples y afanosas peripecias, y es tanta su fuerza de atracción, que aquello que pasa ante nosotros adquiere permanencia y estabilidad en nuestra memoria. Las imá-

genes se han incorporado a nuestro ámbito espiritual, nos son ya familiares, y sus gestos, sus maneras y sus palabras, forman un séquito adorable. El poder taumatúrgico de la obra hace que los personajes trasladen su vida a la nuestra, y que el contagio sea tan poderoso que "la sala pase a la pantalla".

Y a veces el interés se parte, se escinde, para ir del personaje al núcleo y del hombre a la perspectiva. La delicadeza del detalle comparte su mérito con la grandiosidad del conjunto. El estremecimiento heroico en TRES LANCEROS BENGALIES tiene su soporte en la escena limpiamente graciosa, o tiernamente melancólica. Y en estas magníficas escenas, de férrea contextura, en estos frenéticos y arrebatadores momentos de lucha donde todo crepita y lanza bélicas llamaradas, se filtra, de una manera cautelosa y ladina, el amor en el corazón ingenuo de un joven militar; hay un temblorcillo perceptible de carne femenina, un idilio truncado que dá lugar a las grandes escenas de fraternidad y de sacrificio en TRES LANCEROS BENGALIES. Esta obra cinematográfica por su alquitara depuración, por la finura y delicadeza de su trama, por su sencillez, su emotividad y por su riqueza de elementos accesorios forma parte del cortejo magnífico de las grandes películas universales.



JULIO ROMANO
de "Cinegramas"

"TRES LANCEROS BENGALIES"

por Félix Ros

El papa ideal es más papista que el papa. En TRES LANCEROS BENGALIES se plantea el interesante problema de la norma militar ante los conflictos de familia. Es preciso circunscribir ese tema al caso concreto entre milicias imperiales británicas para observar el desarrollo y solución de aquella duda. Francia—el otro imperio (frigio) colonial—, manda a sus posesiones un espécimen de legionarios adscritos a la idea de destierro sufrida por sus hombres; cuentan los años que les faltan para volver a París, se emborrachan de absentia, mientras sus esposas lejanas se emborrachan de amantes; cultivan el despotismo, la espingarda, el desaseo... Todo, según la masoquística literatura de nuestros vecinos y según algunas referencias que demuestran tal estado de cosas. Mientras Inglaterra selecciona a quienes enviará a los bordes de sus extensos mapas—donde no se pone el sol británico, seguro como neblinoso—y elige oficiales tan magníficos como el ultrapapista de la película que acabamos de ver.

"Inglaterra, soy yo", le cabrá decir a este padre ante la voz de su sangre—que con sangre entra en el cuerpo del hijo—, cuando las consideraciones íntimas estén a punto de desbanicar de su pecho el cumplimiento de un deber inventado por esa patria, tan humana que carece de Constitución. Un Cisneros británico no podría decir nunca "estos son mis poderes", sino "estos son mis ingleses", que es el mejor concepto de fuerza de un país donde se permite todo en nombre de la unidad. El insignificante átomo que representa en la geografía de las posesiones del Gracioso Rey un regimiento de lanceros, tiene, para quien de ellos cuida, la significación del Imperio íntegro, como si cada una de las partes en que él se divide fuera un espejo precisamente: reflejando cada pedazo la imagen total. Ese será el tácito lema del proteccionismo inglés.

He aquí la—difícil—India. En 1857, el levantamiento de los cipayos de Mahomd Behadur Shad. En 1877, la proclamación del Imperio, bajo el virrey lord Lytton. En 1907, un mahometano y un hindú en el Consejo de Estado y uno de estos últimos, a los dos años, en el Consejo del virrey. En 1917, la célebre jira de lord Mon-

tagú, a consecuencia de la cual se produce la proposición de poderes especiales a favor del gobierno indio; causando en 1919 la grandiosa protesta del vejado país la invención de la "satyagraha"—resistencia pasiva—Gandhi... Del resto os acordáis todos. Esa es la curva medidora del problema sin resolver—o mejor dicho, sin cicatrizar—nunca. Y ese el argumento secreto de TRES LANCEROS BENGALIES.

Porque, ¡es tan difícil la homogeneidad interna de los uniformados! Las grandes excepciones que la Gran Bretaña produjo siempre con sus tí-



FELIX ROS

redactor de "El Diario de Madrid"

pos magníficos, capaces de las más extrañas aventuras, se amoldan al término medio escocés, gran vivero de conductores en la capital. Escocia conservó el rancho aparte de sus leyendas, sus canciones; sus castillos, con los imprescindibles fantasmas, de los que decía Eduardo VII—influjos de Wilde—ser "sus más fieles, tranquilos y constantes súbditos"... Así es la tan invocada Erin, y así sus hombres; hasta ese teniente largo e impulsivo que llamaría al héroe de Tarifa "Guzmán el Malo", y echaría a perder toda la historia de España.

Llegamos adonde yo quería. ¿Qué tiene que ver el heroísmo español, brillante, sangriento, escandaloso, con ese, recogido, de despacho y contención del coronel de los lanceros? Escribí, hace tiempo ya, unas notas sobre el heroísmo y la burocracia del político; ha de permitírseme recordar mis distinciones, porque es evidente que entre nosotros toda la política aparece partida en tales dos campos: el de los que se lanzan a la posición del poder, colgándose de un estandarte favorecidos con una aureola sentimental de austeridades, de sacrificios... y el de los que escalan los peldaños del mando mediante una complicada organización de infalibles resortes: distritos minados por la estrategia, caticatos, apoyos económicos, religiosos, de asociación. Los unos son el impulso; los otros el pulso. Pues bien, en Inglaterra—en esa Inglaterra que hace sus laúles y se va a continuar siéndolo en cualquier parte del globo—son tan parecidas las dos caras de la invisible moneda, que se convierte en una esférica superficie de lo absoluto: nace el "burocrático heroísmo" o herética burocracia de cada día. No se trata de aquel héroe que puede serlo a pesar suyo, héroe por casualidad—que toda la vida se estará asombrando, tal vez, de su valor—, el que "se destapa" en el momento de la refriega; sino del héroe callado, dándose cuenta del alcance de su sacrificio, el que lo es a perpetuidad y ha hecho oficio y vocación de tal disciplina. Ese coronel de lanceros es ejemplo viviente, ofrecido a las santas palabras. Su hijo, como el de Guzmán, está en poder de mahometanos; él, a diferencia de nuestro compatriota, no legará a los siglos ni una frase, ni un gesto de excepción, sino toda su vida, su costumbre de ser héroe—no nuevo rico del heroísmo, que necesite pregonarlo—; morirá, lo enterrarán en la misma India, con su título en la lápida; llegará su sustituto, y éste, que ignorará la historia del antecesor, la seguirá letra por letra; no porque la adivine, sino porque el deber de los dos era el mismo; sólo puede cumplirse de una forma.

¡Qué fuerza la de este deber! Es una deuda infinita, que por mucho

que se pague, sigue ante nosotros exigiéndonos aún, haciendo acto de presencia, sin cambiar su nombre: Deber. Ved a ese lancero de Escocia, el rebelde, con la cabeza llena de fantasmas, como el corazón. Hay un momento de la película en que un viejo compañero le recuerda los términos de magia que hacen cumplir a todos: el imperio, la patria, la guerra, el honor, la vida de muchos hombres... ¿Qué significan, ante esos incommovibles—y

conmovedores—mitos las voces de la sangre, la vida privada, los retratos evocativos y las horas de padre de familia de un jefe? ¿Existe acaso como hombre; tiene derecho a la vida? ¡No! El es allí Inglaterra; más papista que el papa, porque para eso no es papa. Y el mismo escocés, tan apegado a los sentimientos individualistas de su pequeño mundo, cuando llegue esa hora que tan bien han definido los toreros, "hora de la verdad",

cundo sienta acercarse el momento de rendir ante un concepto una respiración, tendrá en su boca aquellas palabras, cuyo significado no comprendería porque no quería comprender. Ese robustecimiento patriótico, humano, necesario, de unos principios que todos hemos contribuido a debilitar inconscientemente, me parece — en abril de 1935 — el valor más digno de glosa y realce de TRES LANCEROS BENGALIES.

AL MARGEN DE "TRES LANCEROS BENGALIES"

El cinema, sustitutivo de la novela

por J. Ruiz de Larios

Hay todavía quien habla del cinema, del arte del cinema, como quien habla de la música, del arte de la música. Evidentemente existe entre ambos algún que otro punto de contacto. El tiempo, sobre todo. El ritmo. Pero la comparación es peligrosa, porque desemboca en equívocos luego indestructibles. Los que defienden estas semejanzas, aun haciéndolo con la mayor buena fe del mundo, olvidan del cinema—como los que lo acercan al teatro en el sentido de imitación—que no solamente es un arte nuevo, sino que es un arte por hacer. Que, posiblemente, no es arte todavía.

Es preferible sentar una posición negativa a dejarse llevar por un afán apologético gratuito. Lo gratuito, aun en su aspecto de gracia, acarrea siempre la idea de desinterés. De falta de interés. ¿Qué interés puede tener el cinema si, a la larga, resulta una sinfonía? Sobre todo si se piensa que una sinfonía, en el fondo, y aun en la superficie, no es otra cosa que literatura. Literatura sin palabras, que es la peor literatura del mundo. Y para eso, para ese viaje, valía más, mucho más, acercar el cinema a la literatura auténtica; es decir, dejarse las alforjas.

¡Literatura y cinema! ¿No se le ha ocurrido a nadie pensar en que—aun cuando no se quiera—la novela va a

desaparecer? Eso, si no ha desaparecido ya. No hay que sentirlo. No nos hacía la más pequeña falta. Tengamos presente, por ejemplo, que en las épocas de mayor vitalidad, la novela pierde prestigio a costa del teatro. El "siglo de oro español"—¿cuándo le llamaremos de otra manera—¿de una manera más amable?—es siglo de teatro, de acción de fiesta colectiva, de

sentir, de pensar, de moverse en común. El teatro lo llena todo; invade lugares que, lógicamente, debieron serle ajenos. Se lleva tras sí a la poesía, y—lo que desde el punto de vista de la "preceptiva" debe parecer una herejía—la novela. El teatro reemplaza, en nuestros siglos XVI y XVII, ampliamente, a la "narración". Incluso la "pasión"—a cuatro pasos de la meditación—adquiere forma teatral, forma de "drama", de acción. Véase "La Celestina", por no meternos en la zona teológica de nuestras tablas.

La novela desaparece. No lo sentimos ni aún por los novelistas. Recuerdese que la novela, la literatura de entretenimiento — que adopta todas las formas imaginables; que llega, incluso, a querer ser espejo de verdad naturalismo — alcanza la plenitud absoluta en el XIX. Era el XIX el siglo de las luces; nada quedaba por conquistar: todo se había perdido o todo se había ganado; el vapor sembraba de espirales todos los caminos del progreso, y el progreso mismo se iniciaba con una mayúscula desesperadamente presuntuosa. Una mayúscula con sombrero de copa, comi si dijésemos. Era preciso, para darse tono, meterse con la vida de los demás. La literatura se convirtió en una especie de celestina, de diablo cojuelo, que corroía la propia moral destrozando las vidas ajenas. El gusto por el figoneo llegaba a un extremo tal que salpicó los primeros años de nuestro siglo.



JUAN RUIZ DE LARIOS
redactor cinematográfico de "La Vanguardia"

Tanta era su vitalidad. Y no contentos con meterse en las costumbres de los demás, se les ocurrió hundirse — ahondar, se decía entonces — en el alma de los demás. Se inventó aquel maravilloso embuste que se bautizó con el nombre de novela psicológica.

✱

Pero ¿y el cinema? Precisamente en tanto Paul Bourget — pongamos por ejemplo a Paul Bourget — hacía oposiciones al olvido absoluto componiendo alambicadas “introspecciones” espirituales, se producía un extraño fenómeno. Algo que, desde hacía siglos, no ocurría en el mundo. En unos barracones miserables — “última maravilla de la creación”, atracción de feria — una multitud abigarrada echaba afuera el alma aplaudiendo las hazañas del héroe. Es decir: renacía el héroe. El bueno y el malo — un hombre solo — se partían en dos. Y, claro, al partirse, tomaban forma. Se hacían imagen. Realizaban la máxima ambición de la literatura. De la literatura eterna. Daban lugar a un nuevo nacimiento del teatro. Porque ¿a qué aspiró siempre la literatura — poesía, novela, narración — sino a convertirse en auténtica imagen? Y ¿a qué más puede aspirar la imagen si no a echarse a andar, a ponerse en

movimiento, a convertirse en puro cinema?

✱

“Adaptación de la novela tal”, se lee alguna vez en los epígrafes titulares de un film. Luego, la pantalla se abre a la luz y empieza el juego — eficaz y justo — de unas imágenes. Olvidamos la aclaración y la novela — literatura — desaparece. Cuando, al presentirse el fin — ese fin que se presiente siempre trescientos metros antes — se nos ocurre — si nos ocurre — pensar, pensamos: ¿para qué se habrá escrito la novela si pudo haberse imaginado directamente? Porque — ya es hora de que empiece a decirse — no es del teatro del que toma el cinema sus valores esenciales: la imagen. Puede que, como expresión, como arte que debe valerse de intermediarios, de intérpretes o protagonistas, algo tenga que ver con la escena. Pero como arte aparte, como narración, aun en ese caso desesperado de la adaptación teatral, es a la novela a la que toma técnica y maneras. La novela ha muerto o muere. Pero el cinema empieza. Cinema, teatro nuevo — signo de vitalidad, de acción, y de entusiasmo en común, con la presencia del héroe y con el desdoblamiento del bueno y del malo.

El viejo teatro castellano satisfacía — y satisface — igual a grandes y a chicos; a “élites”, a selecciones, y a multitudes. Hubo un momento en que se habló de un cinema para minorías. Pasó. No fué la culpa del cinema. Lo fué de todo. Teatro, novela, poesía. Otro en que se habló de cinema puro. Ráfaga leve que no sirvió más que para iluminar el caudal del cinema auténtico. Un caudal que amenazaba con arramblar con todo. Como en los buenos tiempos en que el teatro acarreó con novela y poesía. Y, en fin de cuentas, esto es lo que vuelve a ocurrir. También, por ejemplo, de TRES LANCEROS BENGALIES, se nos dice que es adaptación de una novela. Valga la advertencia, si es expresión de un requisito legal. O si se quiere hacer honor a una idea — a una imagen — inspiradora. Digamos que inspiradora. Si ha sido precisamente este film el que nos ha recordado todo esto — viejas ideas nuestras apenas esbozadas en críticas y artículos — por algo será. Sobre todo por ser el alegato más formidable en favor de esta tesis: el cinema, sustitutivo de la novela. Y de la poesía. El cinema, teatro del tiempo. Nuevo teatro del mundo. O, simplemente, literatura. Porque la imagen es más imagen todavía: se mueve, cuenta por sí sola.

“TRES LANCEROS BENGALIES”

EL VERDADERO CINE QUE VUELVE

por José Sagré

Lo habíamos perdido. Nos lo habían devuelto falseado. El cine no era “aquello”. El cine no podía ser “aquello”. El cine era movimiento, era acción, era dinamismo.

¿Qué se hizo de él?

Lo tenían aprisionado entre las cuatro paredes inhóspitas del estudio, atado de pies y manos. Su imaginación volaba lejos, muy lejos, hacia horizontes infinitos...

Pero su cuerpo estaba allí. Metido entre decorados multicolores y luces artificiales. Bajo un diluvio de palabrería absurda...

Sin embargo...

He aquí el milagro que se ha hecho.

Ya vuelve entre nosotros. Como

antes. Con su nerviosismo innato. Con sus ansias de viaje y de aventuras. Inquieto, ágil. Audaz y emprendedor. Usando de su libertad para llevarnos a recorrer bellos lugares ignotos. Para llenar nuestros pulmones de aire y nuestros ojos de luz...

Aquí le tenemos ya...

TRES LANCEROS BENGALIES.

Viene de la mano de un hombre...

...De un artista.

...De su libertador.

Henry Hathaway.

De entre sus manos han salido, agotadas hasta el extremo, llevadas a su máximo valor, todas las múltiples posibilidades del tema que se le ha entregado.

Un tema hermosísimo. Un tema en que se exaltan las más nobles cualidades del hombre...

El honor...

La abnegación hasta el sacrificio...

El sentimiento de la paternidad.

Un tema que adquiere caracteres epopeicos. Un tema de singular entereza y virilidad. Un tema que encierra, asimismo, una ternura infinita, una delicadeza sublime...

Henry Hathaway...

Sugiere, evoca, hechiza... Dota al cine de sus más preciados valores... Los electriza con su relato apasionante. Opera hábiles asociaciones de ideas por medio de la unión de imágenes, creando en el espectador un estado anímico apropiado para la perfecta

asimilación de los sentimientos que se desprenden de la trama... Y sus imágenes se escapan ágilmente, armoniosamente, pulsando, a su paso, nuevas más íntimas fibras emocionales.

Bajo su influjo pasamos, de nuestro mundo, a otro mundo ideal. La India compleja y maravillosa nos brinda sus paisajes de ensueño. La vida oriental, con su fastuosidad, sus atractivos inéditos, sus misterios, nos envuelve completamente...

La historia de esos tres muchachos, de esos tres lanceros bengalíes de que nos habla el título del film, de esos jóvenes apuestos, simpáticos, modelos de caballeridad y de nobleza, de desprendimiento personal, nos seduce, nos admira, nos conquista por completo...

Inconscientemente nos desprendemos de nuestro "yo" para ser "ellos", para vivir su vida, para sentir como propias sus esperanzas, sus temores, sus nobles sentimientos... La ficción deja de serlo para convertirse en realidad...

TRES LANCEROS BENGALÍES...

El film magnífico de ritmo, es rico en hallazgos pintorescos, finamente humorísticos, emocionales o épicos...



JOSE SAGRE, redactor cinematográfico de "El Mundo Deportivo" y "La Humanitat"

Bellísima sinfonía cinematográfica, va del "scherzo" al "andante" con increíble agilidad.

¡Henry Hathaway ha hecho obra de verdadero artista!

Los tres lanceros bengalíes son Gary Cooper, Franchot Tone y Richard Cromwell... Interpretación maravillosa de matiz, sobria, con fuego de sinceridad y calor de vida...

Gary Cooper, Franchot Tone, Richard Cromwell...

Olvidemos sus nombres... Olvidémosles como artistas como ellos se olvidaron de sí mismos para no ser otra cosa que los tres caballeros y admirados héroes de la apasionante historia...

Olvidémosles en su verdadera personalidad para recordarles siempre, con placer, con emoción como a los TRES LANCEROS BENGALÍES que tan intensamente nos han hecho sentir...

En este olvido está su mayor elogio...

Ha de ser su mayor gloria.

Un gran film sobre el dominio británico en la India

por Mateo Santos

Henry Hathaway, un nuevo director de escena cuyo nombre se empareja desde ahora al de los más grandes animadores de imágenes, tomó de la novela de Francis Yeats Brown sus tres oficiales de lanceros de Bengala y les dió vida plena en el lienzo cinematográfico, por cuenta de la Paramount.

Una acción intensa, de cálida humanidad, que adquiere a menudo vastas proporciones de epopeya, vibra a lo argo de este film titulado "Tres lanceros bengalíes".

La India misteriosa y compleja, con su variedad panorámica de bellaza sorprendente, enmarca esa acción viva y densa de dramatismo.

En la pantalla queda registrada con trazos vigorosos la vida ruda, acechada de peligros y emociones fuertes, del soldado inglés, que mantiene en el país tan vasto y extraño a la civilización europea como la India, el predominio británico.

Rígida disciplina, elevado concepto de la patria, espíritu de sacrificio, agudo sentido político, sutil diplomacia,

heroísmo: he aquí lo que exige Inglaterra a su ejército destacado en aquel cacho del Oriente hermético, donde acecha la muerte tras la fina sonrisa del indígena, sumiso sólo en apariencia. Y he aquí lo que nos muestra en este film Henry Hathaway, por medio de una serie de escenas que parecen arrancadas a la realidad misma.

La India de "Tres lanceros bengalíes" es la India auténtica de Gandhi, apóstol máximo de su pueblo. Pero hay que distinguir al hindú de la ciudad con el de la montaña. La rebeldía de aquél es mansa y de carácter marcadamente político; la de éste, setridente y guerrera.

Los ayunos frecuentes de Gandhi son una protesta contra el dominio británico en la India, una protesta que exaspera y preocupa a la flemática Inglaterra. Porque a esa protesta, que llega a las planas de los grandes rotativos del mundo entero conmoviendo embajadas y consulados, y que toma un aire místico y religioso, no se le pueden oponer fusiles y ametralladoras. La protesta de los hindúes

montañeses y campesinos es de cariz bélico. El odio al país que los tiene sometidos, rebosa en el alma de estos hindúes. Las madres dan a sus hijos, mezclado con el néctar de sus senos, el odio al inglés, al hombre blanco que les impone una civilización y los domina con ella. Niños y mujeres manejan el fusil y acechan el paso del soldado británico para enviarle la muerte en una bala de plomo.

La consigna de la diplomacia y la política inglesas es no responder a estas agresiones. Oficialmente, Inglaterra no le hace la guerra a los indígenas, pero tiene siempre un soldado que rompe esa consigna severa y manda disparar contra los agresores.

TRES LANCEROS BENGALÍES es el reflejo vivo de esa política, de ese cacho de la historia contemporánea del imperio británico. Y en los tres héroes de la película se resume y compendia el carácter inglés.

Gary Cooper simboliza la brusquedad; Franchot Thone, el humorismo, y Richard Cromwell la ingenuidad.

Forman tres caracteres cinemadramáticos perfectamente definidos. Cada uno de los personajes que encarnan tiene su línea psicológica clara y firme. Como los héroes shakesperianos, como los grandes pergenios dramáticos de nuestro Calderón. Inconfundibles entre sí, por sus rasgos temperamentales, estos tres oficiales de lanceros de Bengala, aunque de idéntico temple heroico, menos acusado en el que interpreta Richard Cromwell, si bien hacia el final de la cinta se manifiesta plenamente en un gesto amplio y varonil.

Pero, no obstante, y aun siendo tres tipos de limpio y recio trazo, como tallados en bloque, el más interesante es el que perfila Gary Cooper. No sólo por la índole dramática del personaje, sino porque el actor lo anima con tremendo verismo, con pasmosa espontaneidad. Gary Cooper hace una creación vigorosa en este brusco "Mac Gregor", oficial de los lanceros de Bengala. Pero no todo es rudeza en "Mac Gregor". Bajo la áspera corteza de su carácter hay una ternura infinita, un delicado sentimiento, un sentimiento casi maternal—en él, tan macho—que lo hace vibrar intensamente ese mozo tímido, ingenuo y enamorado, que interpreta con justeza Richard Cromwell. Hasta el extremo de que el otro oficial aristócrata que personifica Franchot Tone, le llama, humorísticamente, "Mamá Mac Gregor".

Resulta difícil seguir este celuloide episodio por episodio. Sería preciso haber visto desfilar sus imágenes por la pantalla más de una vez para captar el detalle, para retener la variedad de matices que tiñen las escenas de este poema filmico. Pero no es posible olvidar, sin embargo, el ambiente

suntuoso de la mansión del emir de Gopal, en que se desarrollan algunas de las escenas más tremendamente dramáticas, ni la emocionante del jabalí atacando al jefe de los lanceros, ni la del combate entre las tropas inglesas y los hindúes, en que parece el bravo "Mac Gregor", ni la de la serpiente que hace pasar un mal rato al impávido burlón oficial aristócrata, ni aquellas en que la Naturaleza desnuda de artificio, muestra a nuestros ojos atónitos sus selvas, sus glaciales, sus ásperas montañas...

En el film toman parte un par de centenares de jinetes y más de otro centenar de hindúes, manejados hábilmente por Henry Hathaway, que con igual acierto hace destacar los intérpretes del primer plano, que conduce la masa de "extras" a través de la acción.

Y un dato curioso: En toda la película sólo aparece una mujer. Eva seductora y pérfida, trazada con sobriedad por Kathleen Burke.

Por cuanto hemos apuntado, TRES LANCEROS BENGALIES es una de las obras cinematográficas más considerables de estos últimos tiempos. A su alta calidad artística va unida la fidelidad con que ha sido reflejada, burla burlando, durante el curso de la acción, la política que sigue Inglaterra por mantener su predominio en un país tan vasto como la India.



MATEO SANTOS
director de escena
y cronista cinematográfico

LAS CRUZADAS

El alarde espectacular más grande que ha llevado a cabo hasta hoy la industria del cine, se exhibirá en COLISEUM a partir del día 28 de Octubre de 1935, fecha que quedará marcada de manera memorable en los anales del éxito del primer salón de Barcelona, hogar de los films Paramount. El próximo número de nuestra revista aparecerá dedicado a esta magna realización del mago CECIL B. DE MILLE que este año también ofrece—por mediación de la Paramount—a los espectadores cinematográficos el mas gigantesco de los espectáculos que ha plasmado el cine.

PARAMOUNT FILMS S. A.

al comunicar a los empresarios la grata nueva de que muy en breve podrán proyectar la producción más espectacular que se ha visto tiene la satisfacción inmensa que produce el hecho de ver su marca a la cabeza de la cinematografía mundial.

J. Vila Maleras

(GRÁFICAS UNIDAS)

AVENIDA 14 ABRIL, 432 - TELÉFONO 77363

BARCELONA

LITOGRAFIA - IMPRENTA
ENCUADERNACION - RELIEVES

PROPAGANDA
CINEMATOGRAFICA,
ETIQUETAS,
CARTELONES,
CALENDARIOS,
RECORTADOS,
CATÁLOGOS
Y TODA CLASE
DE TRABAJOS
COMERCIALES
PARA LA BANCA,
INDUSTRIA Y
COMERCIO

ALGUN TRABAJO PIDA PRECIOS

CUANDO NECESITE

Señor E

Anuncie su espe
en las Carteleras lumino

“Sabaté”

sobre diafilms opalinos.

Es la reclam más moderna:
la única que no debe faltar
en todo local de categoría.

Pida una cartelera que se le
suministrará **gratuitamente** a

Representaciones Sabaté

Lincoln, 33 - Barcelona - Teléf. 70106



¡ATENCIÓN!

Sres. Empresarios

Sres. Operadores

Si quereis obtener en vuestras proyecciones el máximo rendimiento en TRANSPARENCIA y BRILLANTEZ en el fotograma, y NITIDEZ PERFECTA en el sonido.

EXIGID que las películas sean acetificadas con nuestro procedimiento (patente española F. Oliver, adquirida por la Sociedad).

TODA PELICULA ACETIFICADA, RESBALA CON GRAN FACILIDAD POR LA VENTANILLA SIN DEJAR RESIDUO ALGUNO. SE EVITA EL PICADO DE LA PERFORACION Y EL RAYADO DE LA GELATINA. Las firmas más importantes acetifican sus películas.

PEDID DETALLES, Teléf. 33046

Dirección Técnica: F. Oliver Mallofré

BUENOS AIRES, 5, bis - BARCELONA

GIGANTE DE 1935-36

Las Cruzadas

VEAN

el esplendor
de los Caba-
lleros de Ara-
bia de la Cor-
te del Rey de
Aria

Es un film Paramount
DIRECTOR

Cecil B. de Mille



Las Cruzadas

VEAN

la asamblea
poderosa de
los Treinta
Reyes de la
Cristiandad

Es un film

Paramount

DIRECTOR

Cecil B. de Mille



LAS CRUZADAS

VEAN

la nume-
rosa flota
de naves
guerreras
a toda
vela

Es un film Paramount

Director Cecil B. de Mille



EL QUE SE VE UNA, DOS Y DIEZ VECES CON IGUAL ENTUSIASMO

Las Cruzadas

VEAN

a las turbas
frenéticas de
musulmanes
que no retro-
ceden ante la
horrorosa
lluvia de fuego

DIRECTOR

Es un film Paramount

CECIL B. DE MILLE



LAS CRUZADAS

VEAN

a 10.000 sol-
dador toman-
do por asalto
las murallas
de San Juan
de Acre, el pa-
so a Jerusalem

Es un film Paramount

Director Cecil B. de Mille



Las Cruzadas

VEAN

los escenarios
enormes del
siglo doce
que cubren
55.000 metros
cuadrados
de terreno

Es un film Paramount

DIRECTOR CECIL B. DE MILLE



EL SUPREMO ALARDE ESPECTACULAR DE LA INDUSTRIA DEL CINE

PRESENTADO

COMO

SIEMPRE

POR

PARAMOUNT

LAS CRUZADAS

VEAN

las ingentes
catapultas
de guerra
causando la
desolación en
el campo
enemigo

Director Cecil B. de Mille

Es un film Paramount



LAS CRUZADAS

50

ESTRELLAS

8000

ARTISTAS

Es un film Paramount

Director Cecil B. de Mille



LA MARCA

DEL MAXIMO

PRESTIGIO

EN EL

MUNDO